RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Pocock, J. G. A.

Historia intelectual : un estado del arte

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Pocock, J. G. A. (2001). Historia intelectual: un estado del arte. Prismas, 5(5), 145-173. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2695

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

*Historia intelectual: un estado del arte**

J. G. A. Pocock

I De los diez ensayos que componen el resto de este volumen, nueve se publicaron originalmente entre 1976 y 1982, aunque uno o dos fueron escritos para su lectura como conferencias bastante antes de su aparición impresa. El último, que constituye la totalidad de la tercera parte, tiene una introducción independiente. Como constelación, representan un trabajo sobre la historia del discurso político en Inglaterra, Escocia y Estados Unidos, principalmente entre la Revolución Inglesa de 1688 y la Revolución Francesa de 1789, aunque la tercera parte rastrea las insinuaciones de esa historia en los cincuenta años posteriores a este último acontecimiento. El trabajo es obra de una época en que las percepciones de la "historia británica" están en continuo cambio, un cambio tal vez más drástico que en otros momentos, y cuando las percepciones de lo que constituye "la historia del pensamiento político" atraviesan un examen y una reformulación intensivos. Aunque el presente volumen pretende ser un aporte a la práctica y no a la teoría de la rama de la historiografía a la que pertenece, es necesario introducirlo señalando dónde se sitúa en el proceso de cambio que afecta la historia del pensamiento político. La descripción de una práctica y sus vinculaciones, sin embargo, en especial cuando se las considera atravesadas por un proceso de cambio, no puede hacerse sin emplear, y hasta cierto punto explorar, el lenguaje de la teoría.

Ya he utilizado dos expresiones, "historia del pensamiento político" e "historia del discurso político", que, como resulta evidente, no son idénticas. La primera se emplea aquí, y en la nomenclatura de las instituciones y publicaciones cultas, porque es familiar y convencional y sirve para movilizar nuestras energías en las direcciones correctas, y también porque no es en modo alguno inapropiada. Las actividades que nos impulsa a estudiar son, notoriamente, las de los hombres y mujeres que piensan; el discurso que éstos utilizan es autocrítico y autodepurador, y asciende de manera regular a los planos de la teoría, la filosofía y la ciencia. No obstante, el cambio producido en esta rama de la historiografía en las últimas dos décadas puede caracterizarse como un apartamiento de la insistencia en la historia del pensamiento (y, de manera aún más marcada, "de las ideas"), para hacer hincapié en algo bastante diferente, para lo

* Título original: "The state of the art", capítulo introductorio a J. G. A. Pocock, *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1985, pp. 1-34. [Traducción de Horacio Pons.]

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 5, 2001, pp. 145-173.

cual "historia del habla" o "historia del discurso", aunque no dejan de ser problemáticas y no son irreprochables, quizá sean la mejor terminología encontrada hasta ahora. Mostrar cómo se ha producido este movimiento y qué entraña es necesario para introducir su práctica.

En una retrospectiva centrada en Cambridge, parte de los orígenes del movimiento puede descubrirse en el análisis lingüístico privilegiado por los filósofos en la década de 1950, que tendían a presentar los pensamientos como proposiciones que apelaban a una cantidad limitada de modos de validación; otros orígenes se hallan en las teorías del acto de habla elaboradas en Oxford y otros lugares más o menos en la misma época, que se inclinaban a presentarlos como enunciados que actuaban sobre quienes los escuchaban y, en rigor, sobre quienes los proferían. Ambos enfoques tendían a concentrar la atención en la gran variedad de cosas que podían decirse o considerarse dichas, y en la diversidad de contextos lingüísticos que contribuían a determinar lo que podía decirse pero sufrían al mismo tiempo la acción de lo que se decía. Es bastante obvio lo que los historiadores del pensamiento político hicieron con las percepciones que así se les proponían; pero es curioso, en retrospectiva –y tal vez una muestra de lo difícil que es hacer que los filósofos hablen de las mismas cosas que los historiadores–, que la serie *Philosophy, Politics and Society*, que Peter Laslett empezó a publicar en 1956, se consagrara casi por completo al análisis y la exploración de declaraciones y problemas políticos, y muy poco a determinar su estatus histórico o a la historiografía de la discusión política.[1] Paradójicamente, en el momento mismo en que Laslett anunciaba que "por ahora, de todos modos, la filosofía política está muerta",[2] la historia del pensamiento político, incluida la filosofía (si la filosofía puede incluirse en algo), estaba a punto de experimentar un renacimiento bastante dramático, debido en gran parte al propio Laslett. Fue el trabajo editorial de éste sobre Filmer y Locke[3] el que enseñó a otros, incluido quien esto escribe, los marcos, tanto teóricos como históricos, en los que debían situar sus investigaciones.

Así comenzó a tomar forma una historiografía que hacía hincapié en ciertos aspectos característicos: en primer lugar, en la diversidad de jergas o "lenguajes", como llegó a conocérselos, en que podía llevarse adelante la discusión política (un ejemplo podría ser el lenguaje del derecho consuetudinario como constituyente de lo que hoy conocemos como constitucionalismo antiguo);[4] y segundo, en los participantes en esa discusión como actores históricos, que respondían unos a otros en una diversidad de contextos lingüísticos y otros contextos políticos e históricos que daban a la historia recuperable de su argumentación una textura muy rica. Se consideraba que la reedición de los escritos de Filmer en 1679 había suscitado respuestas tan diversas desde el punto de vista lingüístico como el *Primer ensayo* de Locke con respecto al *Segundo* o los *Discourses on Government* de Algernon Sidney con respecto a am-

[1] Las tres excepciones que pueden aducirse como prueba de esta regla son J. G. A. Pocock, "The history of political thought: a methodological enquiry", en Peter Laslett y W. G. Runciman (comps.), *Philosophy, Politics and Society: Second Series*, Oxford, 1962; Quentin Skinner, " 'Social meaning' and the explanation of social action", y John Dunn, "The identity of the history of ideas", ambos en Peter Laslett, W. G. Runciman y Quentin Skinner (comps.), *Philosophy, Politics and Society: Fourth Series*, Oxford, 1972.

[2] Peter Laslett (comp.), *Philosophy, Politics and Society*, Oxford, 1956, p. VII.

[3] Peter Laslett (comp.), *Patriarcha and Other Political Works of Sir Robert Filmer*, Oxford, 1949 [traducción castellana: *Patriarca*, en *La polémica Filmer-Locke sobre la obediencia política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966]; ídem, *John Locke: Two Treatises of Government*, Cambridge, 1960 (edición revisada, 1963) [traducción castellana: *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1995].

[4] J. G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law: English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, 1957.

bos, y al mismo tiempo generado, en quienes se interesaban más en replicar a la *Freeholder's Grand Inquest*[5] que al *Patriarcha*, respuestas de otro tipo: la controversia entre Petyt y Brady o la revisión de Harrington hecha por su socio Henry Neville.[6] Todos estos hilos de la historia de la discusión podían seguirse a medida que divergían y volvían a converger; comenzó así a surgir una historia de actores que enunciaban y respondían en un contexto lingüístico compartido aunque diverso. El interrogante de por qué todo esto apareció como una revolución en la historiografía del pensamiento político exige describir el estado de la cuestión antes de que ocurriera, y es difícil hacerlo sin establecer testaferros. Lo que ya mismo nos concierne es que desde entonces hubo una necesidad sentida (y atendida) de retrazar la historiografía del pensamiento político y sus vinculaciones, y definir su práctica en términos más rigurosamente históricos.

Ha sido habitual sugerir que *in illo tempore* las disciplinas de la teoría política y la historia del pensamiento político se habían confundido, y que el surgimiento de una filosofía analítica y lingüística severamente ahistórica contribuyó en mucho a desenmarañarlas. Pero si los filósofos del lenguaje no se preocuparon por la escritura de la historia, los historiadores no se apresuraron a recurrir o contribuir a la filosofía de los actos de habla y las proposiciones. Quien esto escribe es consciente de que, más que aprender de los colaboradores de *Philosophy, Politics and Society*, descubrió que había estado aprendiendo de ellos; quedó a cargo de la práctica descubrir sus propias vinculaciones. El análisis de la investigación científica en el turbulento pasaje de Popper a Kuhn y más allá tenía su importancia, pero recién a mediados de la década de 1960, con la primera aparición de los escritos de Quentin Skinner, los historiadores del pensamiento político empezaron a exponer la lógica de su propia investigación y la llevaron a campos en que se encontraba con la filosofía del lenguaje. Comenzó entonces una discusión que sigue produciendo una vigorosa y extensa literatura.[7] Sería difícil, y tal vez inútil, trazar todos sus vericuetos o intentar escribir su historia; no obstante, la necesidad de describir el estado actual de la cuestión nos obliga a presentar un detalle de sus principales características.

El profesor Skinner es conocido por haber hecho, en diferentes momentos, dos pronunciamientos sobre los objetivos que debería buscar un historiador de este tipo. El primero destacaba la importancia de recuperar las intenciones que un autor llevaba a la práctica en su texto; las objeciones que se plantearon a este propósito no lo invalidaron sino que, antes bien, señalaron la necesidad, en algunos aspectos, de superarlo. Por ejemplo, se ha preguntado si

[5] James Tyrrell y William Petyt consideraron que esta obra era de la misma tendencia que los escritos publicados con el nombre de Filmer, por lo que no intervengo en la polémica actual sobre su autoría. Véase Corinne Comstock Weston, "The authorship of the *Freeholder's Grand Inquest*", *English Historical Review*, XCV, 1, 1980, pp. 74-98.
[6] Caroline Robbins (comp.), *Two English Republican Tracts*, Cambridge, 1969.
[7] Podrá encontrarse una bibliografía completa hasta el momento de su compilación en Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, dos vols., Cambridge, 1978, t. I, *The Renaissance*, pp. 285-286 [traducción castellana: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, FCE, 1993]; Lotte Mulligan, Judith Richards y John K. Graham, "Intentions and conventions: a critique of Quentin Skinner's method for the study of the history of ideas", *Political Studies*, XXVI, 1, 1979, pp. 84-98; J. G. A. Pocock, "*The Machiavellian Moment* revisited: a study in the history and ideology", *Journal of Modern History*, LIII, 1, 1981, pp. 50-51, nota 9; James H. Tully, "The pen is a mighty sword: Quentin Skinner's analysis of politics", *British Journal of Political Science*, XIII, 4, 1983, pp. 489-509.

Habría que mencionar que, según se dice, hay niveles del lenguaje –relacionados con la tecnología computarizada, la investigación de mercado o cosas por el estilo– en los que la expresión "estado de la cuestión" [*"state of the art"*] ha adoptado una significación efímera. El autor no desea ser leído en ese sentido. Cree estar practicando un arte cuyo estado actual puede examinarse reflexivamente, y espera que esta nota sea del interés de los historiadores.

podemos recuperar de su texto las intenciones del autor, sin quedar prisioneros del círculo hermenéutico. La respuesta es que éste puede ser en verdad un peligro cuando no tenemos otras pruebas de las intenciones que el texto mismo; en la práctica, es lo que sucede en ocasiones, pero no siempre. Podemos obtener pruebas, poco confiables y engañosas pero pese a ello utilizables, en otros escritos del autor o en su correspondencia privada; entre los anticuarios prevaleció durante cientos de años la admirable costumbre de preservar las cartas de los hombres instruidos. Cuanto mayor sea la evidencia que el historiador puede poner en juego en la construcción de hipótesis con respecto a las intenciones del autor, que pueden luego aplicarse al propio texto o someterse a prueba con él, mejores serán sus posibilidades de escapar del círculo hermenéutico, o más círculos de esta clase tendrán que construir sus críticos al intentar desarmarlo.

Una objeción más penetrante es la que pregunta si puede decirse que existe una *mens auctoris* independientemente de su *sermo*, y si puede aislarse un conjunto de intenciones en la mente del autor, que éste luego procede a llevar a efecto cuando escribe y publica su texto. ¿Las intenciones no cobran existencia recién cuando se realizan en el texto? ¿Cómo puede el autor saber qué piensa o qué quería decir, antes de ver lo que ha dicho? El autoconocimiento es retrospectivo y todo autor es su propio búho de Minerva. De todos modos, de vez en cuando es posible poner en juego pruebas del tipo mencionado en el párrafo precedente, a fin de señalar la factibilidad de decir que un autor de quien se sabe lo suficiente tuvo ante sí una serie de acciones posibles que hacían efectivas una variedad de intenciones, y que el acto que llevó a cabo y las intenciones que realizó pueden haber diferido de algún otro acto que podría haber efectuado y que incluso tal vez haya contemplado efectuar. Pero la objeción que nos ocupa va más allá. Pregunta no sólo si las intenciones pueden existir antes de articularse en un texto, sino si es posible decir que existen al margen del lenguaje en que el texto va a construirse. El autor reside en un mundo históricamente dado que sólo puede aprehenderse de las maneras que pone a su disposición una serie de lenguajes históricamente dados; los modos de discurso que le son accesibles le dan las intenciones que puede tener, al proporcionarle los medios con que puede contar para llevarlas a cabo. En este punto la objeción ha planteado tanto la cuestión de la *langue* como la de la *parole*, la de los contextos del lenguaje como la de los actos de habla.

Esto fue parte, desde luego, del punto de vista de Skinner. Su insistencia en la recuperación de las intenciones había tenido hasta cierto punto un propósito destructivo; apuntaba a omitir la consideración de las intenciones que un actor no podía haber concebido o llevado a efecto, por carecer del lenguaje capaz de expresarlas y utilizar algún otro, que articulaba y realizaba otras intenciones. El método de Skinner, en consecuencia, nos empujó a recuperar el lenguaje de un autor no menos que sus intenciones, y a tratar a éste como habitante de un universo de *langues* que dan significado a las *paroles* que profiere en ellas. La consecuencia de ello no es en modo alguno reducir al autor a ser el mero portavoz de su propio lenguaje; cuanto más complejo e incluso contradictorio es el contexto lingüístico en que está situado, más ricos y ambivalentes son los actos de habla que es capaz de ejecutar y mayor resulta la probabilidad de que estos actos actúen sobre el contexto mismo e induzcan modificaciones y cambios en él. En este punto, la historia del pensamiento político se convierte en una historia del habla y el discurso, de las interacciones de *langue* y *parole*; se afirma no sólo que su historia es una historia de discurso, sino que tiene una historia en virtud de convertirse en discurso.

No parece haber dudas, sin embargo, de que el foco de la atención se desplazó en alguna medida desde el concepto de intención hacia el de ejecución. En cierto nivel de la teoría, esto se refleja en los escritos del profesor Skinner sobre los actos de habla y cuestiones conexas; en cierto nivel de la práctica, en su sentencia –que se encontrará en *The Foundations of Modern Political Thought* y constituye el segundo de los pronunciamientos antes mencionados– de que si pretendemos tener una historia del pensamiento político construida de acuerdo con principios auténticamente históricos, debemos tener medios de saber qué "hacía"[8] un autor al escribir o publicar un texto. La palabra citada demuestra contener abundantes significados. En inglés coloquial, preguntar qué "hacía" un actor [*what an actor "was doing"*] es a menudo preguntar "qué estaba tramando", es decir, en qué "se ocupaba" o a qué "se dedicaba". En síntesis, ¿cuál era la estrategia deliberada (a veces oculta) de sus acciones? La idea de intención, por cierto, no se ha abandonado, como también es evidente en la expresión –una de las favoritas de Skinner– que habla de un autor que ejecuta esta o aquella "movida" [*"move"*]. Pero consideramos posible, asimismo, preguntar si un actor "sabía lo que hacía", con lo cual damos a entender la posibilidad de una brecha entre la intención y el efecto o entre la conciencia del efecto y el efecto mismo; preguntarlo es preguntar cuál fue el efecto, para quién y en qué momento resultó evidente, y enfrentar el hecho de que las acciones ejecutadas en un contexto temporal abierto producen una serie abierta de efectos. Por lo tanto, la pregunta sobre lo que hacía un autor puede tener muchas respuestas e incluso es teóricamente imaginable (aunque de manera un tanto figurativa) que el autor no haya terminado todavía de hacer cosas. No es necesario, sin embargo, que averigüemos si la historia puede tener un presente (cosa que Michael Oakeshott parece negar)[9] para discernir que Quentin Skinner actuó sabiamente al utilizar un tiempo imperfecto. En francés, un potencial perfecto podría haber servido, pero hablar de "lo que un autor habría (resultado haber) hecho" es observar un futuro (para nosotros un pasado) desde el punto de vista de lo que hacía, y no es del todo idéntico a hablar, desde el punto de vista de nuestro presente, de "lo que ha hecho" o (con el perdón de Oakeshott) "hace". No resulta claro si la acción de un autor está alguna vez terminada y concluida; pero sí –y el uso del potencial lo subraya– que hemos comenzado a interesarnos en su acción indirecta, su acción póstuma, su acción mediada por una cadena de actores ulteriores. Ésa es la consecuencia necesaria de admitir el contexto en un pie de igualdad con la acción, la *langue* en un pie de igualdad con la *parole*.

Se dijo, como objeción a la posición de Skinner, que las palabras de un autor no son suyas, que otros pueden tomar el lenguaje que usa para concretar sus intenciones y emplearlo con otros efectos. Hasta cierto punto, esto es inherente a la naturaleza del lenguaje mismo. El lenguaje que el autor utiliza ya está en uso; ha sido usado y se usa para enunciar intenciones distintas de la suya. En este punto, un autor es tanto el expropiador, que toma el lenguaje de otros y lo utiliza para sus propios fines, como el innovador, que actúa sobre el lenguaje para inducir un cambio momentáneo o duradero en las formas en que se usa. Pero lo mismo que él ha hecho a otros y su lenguaje pueden hacérselo a él y al suyo. Los cambios que trata de

[8] Q. Skinner, *The Foundations*…, cit., t. I, pp. XI (el enfoque "podría comenzar por darnos una historia de la teoría política con un carácter genuinamente histórico") y XIII ("nos permite caracterizar lo que *hacían* los autores al escribir" los textos clásicos).

[9] Michael Oakeshott, *On History and Other Essays*, Oxford, 1983, y la reseña de mi autoría, en *Times Literary Supplement*, Londres, 21 de octubre de 1983, p. 1155.

provocar en las convenciones lingüísticas que lo rodean tal vez no impidan que el lenguaje siga utilizándose de las maneras convencionales que procuró modificar, y esto puede ser suficiente para anular o distorsionar los efectos de su enunciado. Además, aun cuando un autor haya logrado innovar, esto es, enunciar un discurso de tal manera que impulsa a otros a responderle en algún sentido hasta ahora no convencional, de ello no se deduce que conseguirá gobernar las respuestas de los otros. Éstos pueden atribuir –y por lo común atribuirán– a su enunciado y su innovación consecuencias, implicaciones y vinculaciones que tal vez él no haya previsto ni desee reconocer, y le responderán en términos determinados por esas atribuciones, manteniendo o modificando las convenciones discursivas que consideran directa o indirectamente afectadas por su enunciado real o adjudicado. Y hasta ahora sólo imaginamos las acciones de interlocutores contemporáneos del autor, es decir, residentes del mismo contexto lingüístico e histórico. Los lenguajes exhiben continuidad y cambio; aun cuando su uso en contextos específicos los modifique, sobreviven a los contextos en que han sido modificados e imponen a los actores de contextos ulteriores las restricciones a las cuales la innovación y la modificación son las respuestas necesarias pero imprevisibles. El texto, por otra parte, preserva los enunciados del autor en una forma rígida y literal y los transmite a contextos subsiguientes, en los que exigen de los interlocutores interpretaciones que, por radicales, tergiversadas y anacrónicas que sean, no se habrían producido si el texto no hubiese actuado sobre ellos. Entre lo que un autor "hacía", en consecuencia, se incluye suscitar en otros respuestas que él no podía controlar ni predecir, algunas de las cuales se darían en contextos muy diferentes de aquellos en que hacía lo que posiblemente supiera que hacía. La fórmula de Skinner define un momento de la historia de las interacciones de la *parole* con la *langue*, pero al mismo tiempo define ese momento como abierto.

II En este punto, una revisión del estado de la cuestión debe hacer una descripción de su práctica. Describir no es prescribir, y lo que sigue es una exposición de algunas prácticas que el historiador del discurso político advertirá buscadas por él mismo,[10] más que una exhortación rigurosa a seguirlas en su propio orden. En la perspectiva sugerida aquí, sin embargo, parece una necesidad previa establecer en qué lenguaje o lenguajes se expresó algún pasaje de discurso político. Estrictamente considerados, esos "lenguajes" fueron sublenguajes, jergas y retórica más que lenguas en sentido étnico, aunque en los comienzos de la historia moderna no es raro encontrar textos políglotos que combinan el idioma vernáculo con el latín, el griego y hasta el hebreo; nos interesaremos principalmente en los dialectos o modos discursivos existentes dentro de una lengua vernácula dada. El grado de autonomía y estabilidad de esos lenguajes será variable. "Dialectos" en un principio, se encaminan gradualmente a transformarse en "estilos" y llegan a un punto en que la distinción trazada aquí entre *langue* y *parole* puede borrarse; pero lo habitual es que busquemos modos discursivos suficientemente estables para estar al alcance de más de un participante en una discusión y que presenten el carácter de juegos definidos por una estructura de reglas para más de un jugador. Esto nos permitirá conside-

[10] El idioma inglés no tiene un pronombre de tercera persona sin género. Al escribir sobre los autores *en* la historia del discurso político, la mayoría de los cuales fueron hombres, me turba comprobar que uso el pronombre masculino, pero cuando se trata de los autores *de* esa historia, aparece una multitud de nombres distinguidos que me recuerdan que bien podría haber usado también el femenino.

rar la forma en que los jugadores explotaron las reglas en contra de sus rivales y, a su debido tiempo, cómo actuaron sobre ellas con la consecuencia de modificarlas.

Estos dialectos o juegos de lenguaje también varían en su origen y, por lo tanto, en su contenido y carácter. Algunos se habrán originado en las prácticas institucionales de la sociedad en cuestión: como los vocabularios profesionales de juristas, teólogos, filósofos, comerciantes, etc., que por alguna razón llegaron a reconocerse como parte de la práctica de la política y se incorporaron al discurso político. Mucho puede aprenderse de la cultura política de una sociedad determinada en diversos momentos de su historia si se observa qué lenguajes así originados fueron, por decirlo de algún modo, reconocidos como participantes de su habla pública, y qué intelectualidades o profesiones ganaron autoridad en el manejo de su discurso. Pero se encontrarán otros lenguajes cuyo carácter es más retórico que institucional; se comprobará que se originaron como modos de discusión dentro del proceso permanente de discurso político, como nuevos modos inventados o viejos modos transformados por la acción constante del habla sobre la lengua, de la *parole* sobre la *langue*. Tal vez sea menos necesario buscar sus orígenes fuera del *continuum* del discurso; de todas maneras, nada impide que lenguajes de la primera categoría, los originados fuera de la corriente principal del discurso, hayan entrado al proceso de transformación recién descripto y sufrido las mutaciones que engendran nuevos dialectos y modos de discusión. De todo ello se deduce que el lenguaje generalizado del discurso en cualquier momento dado –aunque esto quizá sea particularmente cierto en los comienzos de la Europa moderna, incluida Gran Bretaña– puede poseer una rica y compleja textura; es posible que una amplia variedad de dialectos se hayan incorporado a él e interactúen entre sí para producir una compleja historia.

Al margen de cómo se haya originado, cada uno de estos lenguajes ejercerá el tipo de fuerza que se ha denominado paradigmática (aunque trabajar en los perfeccionamientos del término no ha demostrado ser económico). Es decir que cada uno de ellos presentará selectivamente información que considerará pertinente para la conducción y el carácter de la política, y promoverá la definición de problemas y valores políticos de algunas maneras y no de otras. Por lo tanto, cada uno de ellos favorecerá determinadas distribuciones de la prioridad y, por consiguiente, de la autoridad; en caso de que deba discutirse una concepción de esta última –como es probable que suceda en el discurso político–, postulará que la "autoridad" surge de cierta forma y tiene cierto carácter, y no otros. Sin embargo, una vez que determinamos que el discurso político recurre a una serie de "lenguajes" y argumentos de distinto origen, estamos obligados a suponer la presencia de varias de esas estructuras paradigmáticas, que distribuyen y definen la autoridad de diversas y diferentes maneras en cualquier momento dado. De ello se deduce –y de todos modos es casi evidente por sí mismo– que el lenguaje político es ambivalente por naturaleza; consiste en la enunciación de lo que se ha denominado "conceptos [y proposiciones] esencialmente discutidos"[11] y en la utilización simultánea de lenguajes que favorecen la enunciación de proposiciones diversas y contrarias. Pero también se deduce algo que, aunque no del todo, es casi lo mismo: que cualquier texto o enunciado más simple en un discurso político sofisticado es polivalente por naturaleza; consiste en el empleo de una textura de lenguajes capaces de decir diferentes cosas y propiciar diferentes modos de

[11] Para esta expresión, propuesta por W. B. Gallie en 1956, véase William E. Connolly, *The Terms of Political Discourse*, 2ª ed., Princeton, N.J., 1983.

decir cosas, en la explotación de esas diferencias en la retórica y la práctica, y en su exploración y posiblemente su resolución en la crítica y la teoría. Cuando debe encontrarse una diversidad de dichos lenguajes en un texto dado, puede deducirse que un enunciado determinado es susceptible de pensarse y leerse, y por lo tanto de actuar, en más de uno de ellos al mismo tiempo; tampoco es completamente imposible que un patrón dado de habla migre o se traduzca de un lenguaje a otro presente en el mismo texto, trasladando implicaciones del primer contexto e injertándolas entre las pertenecientes al segundo. Y el autor puede moverse entre estos patrones de polivalencia, utilizándolos y recombinándolos de acuerdo con su capacidad. Lo que un investigador ve como la generación de confusiones y malentendidos lingüísticos, puede ser para otro la generación de retórica, literatura y la historia del discurso.

Gran parte de nuestra práctica de historiadores consiste en aprender a leer y reconocer los diversos dialectos del discurso político que eran accesibles en la cultura y el momento que estudiamos: identificarlos cuando aparecen en el tejido lingüístico de cualquier texto dado y saber qué habrían posibilitado comúnmente proponer o "decir" a su autor. El grado en que su uso por parte de éste era fuera de lo común viene después. El historiador persigue su primera meta leyendo extensamente la literatura de la época y sensibilizándose a la presencia de distintos dialectos. Hasta cierto punto, por lo tanto, su proceso de aprendizaje es un proceso de familiarización, pero el historiador no puede permanecer meramente pasivo y receptivo al lenguaje (o lenguajes) que lee, y con frecuencia debe valerse de procedimientos detectivescos que le permitan formular y convalidar hipótesis que afirman que tal y cual lenguajes se empleaban y eran susceptibles de emplearse de tales y cuales maneras. En este proceder debe enfrentar inevitablemente los problemas de la interpretación, el sesgo ideológico y el círculo hermenéutico. ¿Qué otra prueba tiene de la presencia de un lenguaje en los textos que están frente a él que su propia inventiva para descubrirlos mediante la lectura? ¿Los énfasis procedentes de su propia cultura no lo programan para detectar similares acentos en la literatura del pasado e idear "lenguajes" conjeturales en los que presuntamente se expresan? ¿Puede pasar de decir que ha leído un lenguaje determinado en los textos de una cultura pasada a decir que ese lenguaje existía como un recurso a disposición de quienes realizaban actos enunciativos en dicha cultura?

El historiador se interesa de manera característica en el desempeño de otros agentes y no desea tanto ser el autor de su propio pasado como descubrir el accionar de otros autores en y de él. Ésta es probablemente una razón por la cual sus políticas son intrínsecamente liberales más que apuntadas a la *praxis*. En el tipo de investigación examinada aquí, el historiador está menos interesado en el "estilo" o el modo de enunciación de un autor determinado, que en el "lenguaje" o modo de enunciación al alcance de una serie de autores para una serie de propósitos, y sus pruebas para sostener que tal y cual "lenguajes" existían como recursos culturales para los actores en la historia, y no simplemente como un destello en su mirada interpretativa, tienden a relacionarse con el conjunto de autores que, según puede mostrar, actuaron en ese medio, y el conjunto de actos que les atribuye haber ejecutado. Cuanto más pueda mostrar que: a) distintos autores emplearon el mismo dialecto y realizaron en él distintos enunciados, incluso opuestos; b) el dialecto se reitera en textos y contextos que difieren de aquellos en que se lo detectó por primera vez; y c) los autores manifestaban con palabras la conciencia de utilizar ese dialecto y elaboraban lenguajes críticos y de segundo grado para comentar y regular esa utilización, mayor será la confianza que tenga en su método. Lógicamente, quizá no pueda probar que toda la masa de evidencia que presenta no es el fru-

to de su inventiva como intérprete, pero tampoco puede probar que no está dormido y soñando la totalidad de su existencia aparente. Cuanto mayores sean la cantidad y diversidad de los desempeños que pueda relatar, más llegarán las hipótesis elaboradas por quienes buscan aprisionarlo dentro del círculo hermenéutico a parecerse a un universo tolemaico, compuesto por más ciclos y epiciclos de los que satisfarían la mente razonable de Alfonso el Sabio; en síntesis, más exhibirá ese universo las desventajas de la irrefutabilidad.

El problema de la interpretación reaparece en una forma más acuciante cuando consideramos que el historiador estudia lenguajes a fin de leerlos, pero no para hablarlos o escribirlos. Sus escritos no se construirán como un pastiche de los diversos dialectos que interpreta, sino más bien en el lenguaje que ha ideado con el objeto de describirlos y explicar su funcionamiento. Si según una terminología propia de Collingwood ha aprendido a "repensar los pensamientos" de otros, el lenguaje en el cual reiterará sus enunciados no será el usado por ellos, sino el suyo. Ese lenguaje será explicativo, en el sentido de que apunta constantemente a hacer explícito lo implícito, a echar luz sobre los supuestos en los que se apoyó el lenguaje de los otros, a buscar y verbalizar implicaciones e insinuaciones que en el original puedan no haberse expresado, a señalar convenciones y regularidades que indican qué podía y qué no podía hablarse en ese lenguaje, y de qué manera éste, como paradigma, alentaba, obligaba o prohibía a sus usuarios hablar y pensar. En una medida importante, el lenguaje del historiador será hipotetizante y predictivo; le permitirá exponer qué espera que haya dicho en circunstancias específicas un usuario convencional del lenguaje en estudio, y estudiar mejor lo que en realidad se dijo en esas circunstancias. Cuando la predicción se refuta y el acto de habla realizado no es el esperado, puede ser que las convenciones del lenguaje requieran una mayor exploración; que las circunstancias en que se utilizó el lenguaje fueran distintas de las supuestas por el historiador; que el lenguaje empleado no fuese precisamente el que él esperaba; o bien –la posibilidad más interesante de todas– que ese lenguaje estuviera en medio de un proceso de innovación y cambio.

En tales momentos el historiador confiará más que nunca en no ser un mero prisionero de su propio ingenio interpretativo, pero lo cierto es que sus escritos sobre el lenguaje de los otros se elaborarán en gran medida en un paralenguaje o metalenguaje, concebido para explicar lo implícito y presentar la historia de un discurso como un tipo de diálogo entre sus insinuaciones y potencialidades, en el cual él dirá lo que no siempre se decía. Decir que de manera habitual, aunque no invariable, el historiador presenta el lenguaje en la forma de un tipo ideal: un modelo por medio del cual lleva adelante exploraciones y experimentos, no lo convierte en un idealista. Como en última instancia está interesado en la actuación de otros agentes al margen de sí mismo, se muestra constantemente alerta para detectar ocasiones en las cuales la explicación del lenguaje haya quedado a cargo de actores de la historia que él está estudiando; de usuarios de ese lenguaje que comentan su uso crítica y reflexivamente y por medio de lenguajes de segundo grado desarrollados por ellos con ese objetivo. Se tratará de ocasiones en que los actores pasaron de un discurso simple a otro continuo y modificado por medios entre los que se cuenta la teoría, pero también son ocasiones que proporcionan al historiador una información que le permite controlar sus hipótesis anteriores y construir otras nuevas. La explicación de los lenguajes que ha aprendido a leer es su instrumento para proseguir las investigaciones simultáneamente en dos direcciones: hacia los contextos en los cuales se enunció el lenguaje, y hacia los actos de habla y enunciación realizados en y sobre el contexto suministrado por el lenguaje mismo y los demás contextos en que se situaba. A con-

tinuación, el historiador procurará observar la actuación de la *parole* sobre la *langue*: sobre las convenciones e implicaciones del lenguaje, sobre otros actores como usuarios de éste, sobre los actores en cualquier otro contexto de cuya existencia haya llegado a convencerse, y posiblemente sobre esos mismos contextos. El lenguaje, tal como hemos utilizado el término, es la llave del historiador para el acto de habla y el contexto.

Hemos visto que puede demostrarse que los textos que estudia están compuestos de muchos dialectos y lenguajes. El historiador se sorprende y deleita constantemente al descubrir lenguajes familiares en textos igualmente familiares, en los cuales no fueron advertidos antes –el lenguaje de la exégesis profética en *Leviatán*,[12] la jerga de la denuncia de los créditos no realizados en *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*–,[13] aunque hacer estos descubrimientos no siempre fortalece su respeto por el saber académico anterior. Pero si una proposición deriva su validez del lenguaje en que se la formula, y al menos parte de su historicidad de su actuación sobre el mismo lenguaje, se deduce que un texto compuesto de muchos lenguajes puede no sólo decir muchas cosas de otras tantas maneras, sino también ser un medio de acción en otras tantas historias; puede descomponerse en muchos actos realizados en la historia de tantos lenguajes como los presentes en el texto. Reconocerlo obligará al historiador a efectuar algunos experimentos radicales, aunque no siempre irreversibles, de desconstrucción, pero antes de que pueda llevarlos a cabo o examinar sus implicaciones, necesita medios de entender cómo un acto de habla, enunciación o autoría, ejecutado en un lenguaje determinado, puede actuar sobre éste e innovarlo. Su atención pasa ahora de la *langue* a la *parole*, al acto realizado en y sobre un contexto; pero un conocimiento del contexto sigue siendo necesario para un conocimiento de la innovación.

III Cada uno de los dialectos discernibles de los cuales puede estar compuesto un texto es un contexto por derecho propio: una manera de hablar que trata de prescribir qué cosas pueden decirse en ella y que precede y puede sobrevivir al acto de habla efectuado dentro de sus prescripciones. Esperamos que sea complejo y elaborado, que se haya formado a lo largo del tiempo bajo la presión de muchas convenciones y contingencias combinadas y que contenga al menos algunos elementos de un discurso de segundo grado que permita a sus usuarios reflexionar sobre las implicaciones del uso que hacen de él. En consecuencia, el proceso de "aprenderlo", que acaba de describirse, puede pensarse como un proceso de aprendizaje de sus características, recursos y limitaciones como modo de enunciación que facilita la ejecución de ciertos tipos de actos de habla e inhibe la de otros; es posible considerar que cualquier acto efectuado en él explota, explora, recombina y cuestiona las posibilidades de enunciación en que consiste. Pero el lenguaje es referencial y tiene una diversidad de temas; alude a los elementos de la experiencia de los que ha salido y con los cuales se ofrece a tratar, y cabe esperar que un lenguaje vigente en el discurso público de una sociedad institucional y política aluda a las instituciones, autoridades, símbolos de valor y acontecimientos re-

[12] J. G. A. Pocock, "Time, history and eschatology in the thought of Thomas Hobbes", en J. H. Elliott y H. G. Konigsberger (comps.), *The Diversity of History: Essays in Honor of Sir Herbert Butterfield*, Londres e Ithaca, N. Y., 1970, reeditado en J. G. A. Pocock, *Politics, Language and Time: Essays in Political Thought and History*, Nueva York, 1971.
[13] Véase el cap. 10, "The political economy of Burke's analysis of the French Revolution".

cordados que presenta como parte de la política de esa sociedad y de los cuales extrae gran parte de su propio carácter. Un "lenguaje", en el sentido especializado que asignamos al término, no sólo es entonces una manera prescripta de hablar, sino también una materia prescripta para el discurso político. Hemos llegado a un punto en el que podemos ver que cada contexto de lenguaje indica un contexto político, social o histórico dentro del cual él mismo se sitúa; al mismo tiempo, sin embargo, estamos obligados a reconocer que, hasta cierto punto, cada lenguaje selecciona y prescribe el contexto dentro del cual debe reconocérselo.

Puesto que se formaron en el transcurso del tiempo, todos esos lenguajes deben exhibir una dimensión histórica; cada uno de ellos debe poseer y prescribir un pasado constituido por los dispositivos sociales, sucesos históricos, valores reconocidos y modos de pensar de los cuales fue capaz de hablar; discurre sobre una política de la que el carácter de pasado no puede separarse por completo. El historiador, por lo tanto, no está en condiciones de satisfacer con facilidad la solicitud, que se le hace a menudo, de que presente los actos de discurso político como si estuvieran determinados (en la terminología criticada por Oakeshott) por las demandas "primordiales" de un "presente de acción práctica";[14] como el lenguaje especifica que el presente del discurso está cargado de sugerencias de un pasado, ese presente es difícil de aislar o formular en una pureza práctica inmediata. El discurso político es práctico, desde luego, y está informado por las necesidades presentes, pero no obstante ello está constantemente trabado en una lucha para descubrir cuáles son las necesidades presentes de la práctica, y las mentes más vigorosas que lo utilizan exploran la tensión entre los usos lingüísticos establecidos y la necesidad de usar las palabras de una manera novedosa. El historiador tiene su propia relación con esta tensión. Sabe qué normas implicaba habitualmente el lenguaje que estudia, pero también puede poseer un conocimiento independiente en cuanto a que esas normas y la sociedad que presuponían estaban cambiando, de una manera y por razones que el lenguaje, por entonces, carecía de medios para reconocer. En consecuencia, buscará indicaciones de que las palabras se utilizaban de una manera novedosa como resultado de nuevas experiencias, y generaban nuevos problemas y posibilidades en el discurso del lenguaje estudiado. Se topará, sin embargo, con el inconveniente de que en dicho lenguaje nada denota los cambios en su contexto histórico tan satisfactoriamente como lo hace el lenguaje a su alcance como historiador, pero no accesible para los actores cuyo lenguaje e historia está estudiando. Enfrentado a problemas como el de si es lícito valerse de categorías del siglo XX para explicar categorías utilizadas en el siglo XVII, tal vez se imponga la disciplina de explicar únicamente cómo los cambios en el lenguaje del siglo XVII indicaban cambios en el contexto histórico, qué cambios se indicaban y qué modificaciones se produjeron en la manera de indicarlos. Como el lenguaje de los actores del siglo XVII respondía a su contexto histórico diferentemente de como lo hace el lenguaje que él mismo emplea, quizá pase mucho tiempo antes de que el discurso de aquel siglo, interpretado en contexto, le brinde la oportunidad de usar las categorías de explicación histórica que desearía utilizar; en algunas circunstancias esa oportunidad acaso no se presente nunca. Pero el historiador del discurso no puede sonsacar a un lenguaje lo que jamás hubo en él.

El presente de la necesidad práctica en la cual se encontraban los actores pasados no es inmediatamente accesible, dado que debe llegar a nosotros a través de la mediación del lengua-

[14] Véase la nota 9.

je que utilizaban; pero esto no significa que no sea accesible en absoluto. A partir de los textos que escribieron, de nuestro conocimiento del lenguaje que usaron, las comunidades de debate a las que pertenecían, los programas de acción que se ponían en vigor y la historia del período en general, con frecuencia es posible formular hipótesis concernientes a las necesidades con que se enfrentaban y las estrategias que deseaban llevar a la práctica, y someterlas a prueba utilizándolas para interpretar las intenciones y desempeños de los textos mismos. Sin embargo, buscamos menos el desempeño "práctico" que el desempeño discursivo de los textos. Nadie trató de identificar a los mil caballeros cuyas mentes Hobbes alegó una vez[15] haber moldeado para que obedecieran conscientemente al gobierno de la Mancomunidad, y tampoco nos diría mucho sobre el *Leviatán* saber si existieron. No nos inquieta mucho saber si los primeros lectores de *El Príncipe* (quienesquiera hayan sido) se sintieron inclinados a aceptar o rechazar la legitimidad del régimen restaurado de los Medici, especialmente porque la obra parece capaz de actuar en ambos sentidos; lo que nos importa es estudiar las diferencias que *El Príncipe* y el *Leviatán* representaron para las premisas que regían el discurso político. Esto significa decir, claro está, que somos historiadores del discurso, no del comportamiento, pero también es leer a Maquiavelo y a Hobbes como los leyeron todos aquellos cuya respuesta a ellos tenemos en una forma escrita; sin excepción, estas respuestas se interesan, no en sus consecuencias políticas prácticas, sino en los desafíos que plantean a las estructuras normales del discurso. La historia del discurso no es nuestra selección arbitraria; se autoproclama en la literatura.

El desempeño del texto es su desempeño como *parole* en un contexto de *langue*. Puede continuar simplemente las convenciones operativas en que consiste el lenguaje; puede servir para indicarnos que el lenguaje seguía usándose en un mundo que cambiaba y había comenzado a cambiarlo; o puede actuar a la vez sobre y en el lenguaje que es su medio, innovando de una manera que provoca cambios mayores o menores, más o menos radicales en su uso o en el uso de un lenguaje de segundo grado que se le refiera. (Escribo aquí, por mor de simplicidad, como si cada texto se escribiera en sólo uno de los lenguajes de discurso disponibles, en vez de estar compuesto de varios.) El historiador, por consiguiente, necesita un instrumento para entender cómo se ejecuta un acto de habla dentro de un contexto de lenguaje, y en particular cómo actúa sobre él y lo innova.

Cuando un autor ha efectuado un acto de esta índole, solemos decir que ha "hecho una movida". La expresión implica un juego y una maniobra táctica, y nuestra comprensión de "lo que hacía" cuando hizo esa movida depende así, en una medida considerable, de la forma en que entendamos la situación práctica en que se encontraba, el argumento que deseaba plantear, la acción o norma que deseaba legitimar o deslegitimar, etc.; esperamos que su texto indique una situación de ese tipo, de la cual tenemos algún conocimiento independiente gracias a otras fuentes. La situación práctica incluirá presiones, coacciones y estímulos bajo los cuales se encontraba o creía encontrarse el autor, surgidos de las preferencias y antipatías de otros y de las limitaciones y oportunidades de un contexto político tal como él lo percibía o experimentaba; es obviamente posible, pero no obviamente necesario, que esa situación abarque la misma extensión que las relaciones entre clases sociales. Pero la situación práctica también engloba la situación lingüística: la que mana de las coacciones y oportunidades impuestas al

[15] Thomas Hobbes, *Six Lessons to the Professors of the Mathematics*…(1656); véase William Molesworth (comp.), *The English Works of Thomas Hobbes*, once vols., Londres, 1845, t. VII, pp. 335-336, 343-347.

autor por el lenguaje o lenguajes disponibles para su uso; con frecuencia –tal vez de manera predominante– el historiador ve que la "movida" del autor se efectúa dentro de este contexto (o sector del contexto). Los lenguajes son tanto los objetos como los instrumentos de la conciencia, y el discurso público de una sociedad incluye por lo común lenguajes de segundo grado en los cuales los actores comentan los otros tipos de lenguajes que utilizan. En la medida en que esto sucede, el lenguaje se objetiva como parte de la situación práctica, y el autor que "hace una movida" en respuesta a alguna necesidad práctica quizá no dé meramente usos novedosos a un lenguaje, sino que los proponga y comente los usos lingüísticos de su sociedad, e incluso el carácter del lenguaje mismo. En este punto, el historiador del discurso debe considerar que la filosofía y la práctica coexisten y no están separadas: Hobbes y Locke a la vez como filósofos y panfletistas.

Cualquiera haya sido el dialecto o lenguaje en que se efectuó la "movida", cualquiera el nivel de conciencia que presuponía, cualquiera la combinación de retórica y teoría, práctica y filosofía que al parecer implicaba, el historiador trata de indagar de qué manera esa movida puede haber reordenado o procurado reordenar las posibilidades lingüísticas al alcance del autor y de quienes usan el lenguaje junto con él; cualquier resultado de este orden que pueda obtener proporcionará una gran parte de su respuesta a la pregunta sobre qué hacía el autor. A fin de llegar a saber cómo un acto de habla puede modificar o innovar el lenguaje en que se efectúa, lo mejor quizá sea comenzar con enunciados en un nivel práctico, retórico o argumentativo relativamente simple; también parece adecuado, sin embargo, tener presente que el acto puede efectuarse en un contexto compuesto de varios lenguajes simultáneamente en uso (ya se los considere lenguajes de primer grado interactuantes entre sí o lenguajes de segundo grado que interactúan con aquellos que son el objeto de sus comentarios). Si queremos imaginar un acto de habla que innove dentro de y sobre un único dialecto desconectado de otros –y tal vez sea necesario hacerlo–, debemos imaginar que realiza o propone un cambio en uno de los usos en que consiste ese dialecto: una inversión drástica, quizá, del significado de un término clave. Pero un cambio limitado a un solo dialecto puede trastocar únicamente los usos ya presentes, y comprobaremos que imaginamos esas movidas simples pero de largo alcance como una inversión de los signos de valor: la propuesta de considerar bueno lo que antes se consideraba malo, o a la inversa. En nuestras historias hay algunos ejemplos notorios de este *adikos logos*, aunque su efecto de choque suele ser suficiente para dar origen instantáneamente a un lenguaje de segundo grado, lo que aumenta la cantidad de dialectos en uso.

En esta etapa podemos acudir al contexto de la experiencia, más que del lenguaje, y suponer algún término en un solo dialecto, usado familiarmente para indicar cierto componente de aquélla, utilizado para denotar un componente desconocido o asociar el conocido con uno desconocido o bien, en líneas más generales, para hablar de lo conocido de una manera poco conocida. Una vez introducido el contexto (y el concepto) de la experiencia, debemos admitir que esas innovaciones pueden pensarse como "movidas" deliberadamente ejecutadas[16] o como cambios en el uso producidos de una manera de la que el autor era más o menos ignorante y que, en verdad, requirieron para concretarse una cantidad indefinida de actos de habla; hay

[16] Un ejemplo sorprendente, para no decir flagrante, es el anuncio de John Madison en el décimo de los *Federalist Papers*, en el que dice que la palabra "república" señala un Estado gobernado por representantes de los ciudadanos, mientras que el gobernado por los ciudadanos mismos se llama "democracia". La fuerza de la declaración de Madison era retrospectiva, no sancionadora; afirmaba que ése era el uso normal, y no que debía serlo.

aquí vastas áreas crepusculares para explorar. Por otro lado, una vez que reintroducimos el concepto de lenguaje de segundo grado –que es susceptible de introducirse por sí solo cada vez que un actor toma conciencia de que se está efectuando una movida–, reingresamos en el ámbito en el cual el lenguaje transmite la conciencia de su propia existencia y llega a consistir en una serie de dialectos concurrentes, de los cuales no pueden excluirse, como hemos visto, los lenguajes de primer grado coexistentes. El contexto del lenguaje se reafirma a sí mismo e interactúa con complejidad creciente con el contexto de la experiencia.

El historiador se embarca ahora en una búsqueda para ver cómo puede un acto de habla innovar en y sobre un contexto consistente en varios lenguajes en interacción; o bien, de manera más contundente, cómo puede innovar en varios lenguajes a la vez. Las "movidas" de este tipo consistirán en una traducción, el pasaje directo o indirecto de un lenguaje disponible a otro. Un término crucial, *topos* o patrón de enunciación puede traducirse del contexto de un dialecto al de otro; es decir, puede ponerse simplemente en un nuevo contexto y dejarlo librado a las modificaciones que se produzcan en él. Un problema o tema normalmente considerado aplicando un dialecto puede considerarse mediante la aplicación de otro, lo cual puede acarrear la consecuencia, explicada *a posteriori*, de que pertenezca a un contexto de experiencia diferente del que se le había asignado previamente. Cuanto más rica sea la diversidad de dialectos o lenguajes de los que está compuesto un discurso público, más variadas, complejas y sutiles serán las "movidas" de este tipo susceptibles de efectuarse. Estas movidas pueden ser retóricas e implícitas, realizadas sin anuncio y libres de producir sus efectos, o bien explícitas y teóricas, explicadas y justificadas en algún lenguaje crítico concebido para reivindicar y desarrollar su carácter; y es sabido que el uso de un lenguaje de segundo grado lanza una escalada con pocos o ningún límite superior. En consecuencia, todos los recursos de la retórica, la crítica, la metodología, la epistemología y la metafísica están en principio a disposición del ejecutante sofisticado en el campo del discurso plurilingüe; si no le resultan inmediatamente accesibles, tiene medios y motivaciones para empezar a inventarlos para sí. Aunque el hecho de que se produzca o no es en última instancia una cuestión de contingencia histórica, hay un progreso exponencial hacia la aparición del ejecutante lingüístico plenamente autoconsciente, el "teórico épico" descripto por Sheldon Wolin,[17] que procura explicar y justificar todas sus movidas e innovaciones y proponer un reordenamiento radical del lenguaje y la filosofía. Esos seres aparecen de tanto en tanto en el registro histórico; Hobbes era uno de ellos, mientras que Maquiavelo probablemente no lo era.

Esto no significa que el desempeño del teórico épico no esté históricamente condicionado; quiere decir, simplemente, que se autodesarrolla sin límites aparentes inmediatos. Ahora bien, para el historiador es un gran problema distinguir entre lo que el autor podría haber hecho y lo que hizo efectivamente, dado que ni siquiera la capacidad del teórico épico implica en todos los casos designio. Pero hemos llegado a un punto en el cual parece improbable que la comprensión del historiador progrese gracias a la construcción de una tipología de movidas o innovaciones susceptibles en principio de efectuarse; las variaciones posibles parecen demasiado diversas para clasificarse de una manera económica, aunque aún puede hacerse en este sentido un útil trabajo teórico. Es probable que el historiador proceda mediante la ubica-

[17] Sheldon S. Wolin, "Political theory as a vocation", *American Political Science Review*, LXIII, 4, 1969, pp. 1062-1082; ídem, *Hobbes and the Epic Tradition of Political Theory*, Los Ángeles, 1970. Comentarios en John G. Gunnell, *Political Theory: Tradition and Interpretation*, Cambridge, Mass., 1979, pp. 51-57, 136-159.

ción de los textos del autor en sus contextos; al ponderar lo que podría haber hecho en comparación con lo que hizo, el historiador intenta una explicación exhaustiva de las movidas que realizó, las innovaciones que efectuó y los mensajes sobre la experiencia y el lenguaje que pueden demostrarse transmitidos por él. Esto constituirá una exposición de "lo que hacía", en la medida en que estas palabras puedan limitarse a señalar los desempeños del autor en la escritura de su texto.

IV Los agentes actúan sobre otros agentes, que realizan actos en respuesta a los de los primeros, y cuando la acción y la respuesta se producen a través del medio del lenguaje, no podemos distinguir absolutamente el desempeño del autor de la respuesta del lector. Es cierto que esto no sucede invariablemente así en la literatura de la política. El manuscrito del autor puede haber descansado en un archivo durante cientos de años antes de ser publicado –como ocurrió con el informe de Clarke sobre los debates de Putney y la mayoría de las obras de Guicciardini–, y con respecto al período anterior a la publicación tenemos que pensar en el texto menos como una actuación que como un documento, menos como un acto[18] que como una indicación de que en una época verificable existía cierto estado de conciencia y de uso del lenguaje. En rigor de verdad, siempre podemos interrumpir nuestro estudio del texto en el punto en que nos indica el estado de la conciencia del autor y su capacidad de articularla; hay, por lo demás, tipos de actos de habla que se limitan a la expresión y articulación de la conciencia. Un autor puede haber escrito meramente para y a sí mismo, o redactado notas privadas sobre pensamientos que quería ocultar a otros; los textos así escritos no pierden el carácter de acciones históricas ejecutadas por agentes autoconscientes. Pero el discurso suele ser público y los autores suelen publicar sus obras, aunque el acto de escribir un texto y el de publicarlo tal vez sean muy diferentes, porque se efectúan en diferentes situaciones; los *Ensayos sobre el gobierno civil* de Locke proponen actualmente el ejemplo más notorio de ello. La historia del discurso se interesa en los actos de habla que llegan a ser conocidos y suscitan una respuesta, en las ilocuciones que se modifican al convertirse en perlocuciones por el modo en que los receptores responden a ellas y en las respuestas que adoptan la forma de nuevos actos de habla y contratextos. El lector mismo se convierte en un autor, y del historiador se requiere un modo complejo de *Rezeptionsgeschichte*.

Nos encontramos en un punto en que la historia del discurso diverge de la historia de la conciencia. Tenemos el texto del autor, un artefacto cultural inscripto con cierta finalidad, y al situarlo en los contextos suministrados por el lenguaje y la experiencia del autor, podemos decir qué "hizo" éste hasta el momento de completarlo (o de publicarlo, si llegó hasta ahí); podemos estimar su intención y desempeño, sus movidas e innovaciones, tal como se planteaban en ese momento, y exponer qué "había hecho" hasta ese punto. Pero preguntar qué "hacía" es utilizar el tiempo imperfecto y hacer una pregunta abierta; hay respuestas que no hemos dado ni podemos dar mientras no sepamos qué hizo el autor a otros y a los lenguajes en que ambas partes desarrollaban su discurso. Para saberlo, debemos contar con actos discursivos ejecutados por otros en respuesta al suyo, y en particular a las innovaciones en el lenguaje que sus actos habían promovido o empezado a promover; debemos saber qué cambios

[18] "Menos… que" no significa "no… sino".

se produjeron en el discurso de los otros cuando respondieron a los enunciados del autor y realizaron contramovidas como réplica a sus movidas. En este punto pasamos del autor al lector, pero al lector considerado como autor; puesto que, a menos que se dieran en el medio –el discurso escrito y publicado– empleado por el propio autor, las respuestas del lector no tienen nada que decirnos. Hay dos razones para ello o, mejor, dos sentidos en que es cierto. Es cierto que estamos obligados a trabajar sólo con las pruebas que han sobrevivido y permiten que las usemos, de modo que las respuestas a un texto que nunca se verbalizaron, o que se verbalizaron únicamente en una oralidad no registrada, son virtualmente imposibles de recuperar. También es cierto que de un autor que trabajó en un medio escrito puede pensarse que lo hizo con el propósito de modificar las cosas que podían decirse y hacerse en él; de modo que los cambios que indujo en el desempeño de otros escritores de ese medio pueden ser efectivamente los que previó y efectuó o (si están en discrepancia con sus intenciones) efectuó sin preverlos. Por consiguiente, no es necesario que nos disculpemos por el elitismo poco representativo de estudiar sólo a los lectores cuyas respuestas se verbalizaron, registraron y presentaron. La *mentalité* de la mayoría silenciosa e inarticulada debería, en verdad, tratar de indagarse y, si fuera posible, recuperarse; puede reservarnos una importante información. Pero la historia de las *mentalités* no es idéntica a la historia del discurso.

El historiador comienza ahora a concentrarse en otros textos, escritos y publicados por quienes habían leído el texto considerado en primera instancia y respondían directa o indirectamente a él. Su principal necesidad es comprender cómo pueden las innovaciones del autor anterior, seleccionadas entre el resto de sus actos de habla, imponerse a los lectores de tal manera que los fuerzan a dar respuestas congruentes con la innovación. El historiador comienza por presuponer que un enunciado actúa sobre la conciencia de su receptor y que lo leído no puede desleerse. Hay algo unilateral en el acto de la comunicación,[19] que no se produce del todo entre adultos consintientes. Al dictar palabras a sus oídos e inyectar escritos, impresos o imágenes en su campo de atención, impongo a ustedes, sin su consentimiento, una información que no pueden ignorar. Solicito su respuesta y también procuro determinarla. Determino, en rigor, que deben responder a un acto mío y a información presentada por mí, y cuanto más compleja e inteligible sea la información impuesta mediante este acto de violación verbal –esta penetración en su conciencia sin su consentimiento–, más trato de determinar cuál será la respuesta de ustedes. Es cierto que si hemos compartido un medio de comunicación consistente en una estructura de convenciones compartidas, ustedes gozan con más largueza de la libertad que procede del consentimiento previo a la forma asumida por mis actos; pero por esa misma razón, les será difícil resistirse a reconocer cualquier desafío o innovación planteados por mí con respecto a esas convenciones, y tendrán que responder a esa innovación tal como la reconocen y entienden. Tampoco es probable (a menos que resulten ser unos burócratas estalinistas) que sean ustedes capaces de responder con la mera reiteración de las convenciones existentes del discurso, como si yo nunca las hubiera cuestionado; hay intentos de ese tipo, desde luego, y en ocasiones son exitosos, pero fracasan en proporción a la conciencia que ustedes tienen de que he dicho algo que desean contestar. Es más probable que

[19] Se encontrará más sobre este aspecto en J. G. A. Pocock, "Verbalising a political act: towards a politics of language", *Political Theory*, I, 1, 1973, pp. 27-45; ídem, "Political ideas as historical events: political philosophers as historical actors", en Melvin Richter (comp.), *Political Theory and Political Education*, Princeton, N. J., 1980.

respondan a mi movida con una contramovida propia, y aun si ésta pretende restablecer las convenciones que yo cuestioné, contendrá y registrará su conciencia de que he dicho algo sin precedentes y, en esa medida, también contendrá, por su parte, algo sin precedentes. A mi inyección de vino nuevo responderán presentando vino viejo en odres nuevos. Entre lo que yo "hacía" se cuenta obligarlos a hacer algo y determinar parcialmente en qué consistirá.

Pero el lenguaje les proporciona recursos para determinar su propia respuesta. Si hay entre nosotros una relación de amo y esclavo, ustedes pueden responder en un lenguaje que acepte y perpetúe la manipulación lingüística a la que los someto;[20] pero esas relaciones no son simples ni estables, y el modo como ustedes entienden el papel del esclavo tal vez no coincida con el mío, de manera que aun el servilismo de su respuesta será turbador para mí y pervertirá mi lenguaje (la literatura de la esclavitud se refiere en gran medida a esto). Cuanto más les permita su lenguaje, compartido conmigo, articular su percepción del mundo, más les permitirán las convenciones y paradigmas que contiene asimilar mi discurso y desviar mis innovaciones, aunque, paradójicamente, aquéllos pueden ser también el medio de destacarlas y dramatizarlas y, de tal modo, hacerlas imposibles de ignorar. Y una vez que ustedes comienzan a verbalizar su respuesta a mi enunciado, comienzan a conquistar la libertad de maniobra que surge de lo que Stanley Fish ha denominado "la infinita capacidad del lenguaje para ser apropiado".[21] El intérprete y contraautor empieza a "leer" el texto, apropiándose de las palabras y actos de habla que contiene y reiterándolos de maneras y en contextos de su elección, de modo que se incorporan a sus propios actos de habla. Al presentar este proceso, solemos hablar del autor y el lector como si se encontraran en una relación de antagonismo, pero el proceso es en esencia el mismo cuando la relación es la existente entre un instructor y un discípulo, para no mencionar la del amo y el esclavo. El lector adquiere la capacidad de ejecutar "movidas" que no difieren en absoluto de las que vimos efectuadas por el autor, ya se las piense o no como contramovidas ante las innovaciones de éste; los recursos de la retórica, la discusión y la crítica se convierten en suyos, como lo son de cualquier otro agente lingüístico. Puede alterar el significado de los términos, sacarlos de un contexto idiomático para ponerlos en otro, seleccionar y volver a disponer el orden de los diversos dialectos con que el autor compuso su texto, y modificar los elementos del contexto de experiencia a los que se consideran referidos los componentes del discurso. En resumen, el lector puede volver a cumplir todos y cada uno de los actos de habla cumplidos por el texto, de una manera no idéntica a la prevista y realizada por el autor; esos actos también pueden brindarle la oportunidad de efectuar nuevos actos de habla cuando, a su turno, se convierte en autor. En esta matriz es fácil advertir que la innovación del autor puede ser enfrentada –ya hemos visto por qué debe serlo– por una contrainnovación de quien le responde. En cierto sentido, incluso, este último –imaginemos que es un discípulo– no puede evitar tratar el texto de esta manera, dado que al no ser el autor no puede usar su lenguaje exactamente igual que él; y si tiene que enfrentar un texto cuyo autor ha muerto varios siglos atrás, adquiere inevitablemente la libertad de inter-

[20] Para el lenguaje de la literatura del absolutismo y comentarios sobre sus estrategias manipuladoras en referencia con las teorías de quien esto escribe, véase Jonathan Goldberg, *James I and the Politics of Literature: Jonson, Shakespeare, Donne and their Contemporaries*, Baltimore, 1983.

[21] Stanley Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Mass., 1980, p. 305. [La cita corresponde al artículo "Is there a text in this class?", incluido en ese volumen, y del cual hay traducción castellana: "¿Hay algún texto en esta clase?", en Elías José Palti (comp.), *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 217-236, cita en p. 217. (N. del T.)]

pretarlo en un contexto histórico que el autor no imaginó y en un contexto lingüístico que incluye dialectos que nunca conoció.

La historia del discurso resulta ahora visible como una historia de *traditio* en el sentido de transmisión y, aún más, de traducción. Textos compuestos de *langues* y *paroles*, de estructuras lingüísticas estables y de los actos de habla e innovaciones que las modifican, son transmitidos y reiterados, y sus componentes lo son de diversas maneras, en primer lugar por actores no idénticos en contextos históricos compartidos, y luego por actores en contextos históricamente diferenciados. Su historia es, primero, la de la adaptación, traducción y representación constantes del texto en una sucesión de contextos por parte de una sucesión de agentes, y segundo, y sometida a un examen más detenido, la de las innovaciones y modificaciones realizadas en tantos dialectos discernibles como los que en un inicio se combinaron para constituir el texto y ulteriormente formaron la sucesión de contextos lingüísticos en los cuales se lo interpretó. En consecuencia, lo que el autor "hace" resulta ser la continuación y modificación –más o menos drásticas, radicales y "originales"– del cumplimiento de una diversidad indefinida de actos de habla en una diversidad indefinida de contextos, tanto de lenguaje como de experiencia histórica. Es improbable, a primera vista, que todas estas historias puedan circunscribirse en una historia única. Tal vez sea sabia la costumbre italiana de hablar de la historia póstuma de un autor como su *fortuna*, y la francesa cuando la llama su *travail*.[22]

V Ahora es importante decidir si y cuándo vamos a cerrar el contexto abierto de Skinner: dejar de decir que un autor "hacía" las cosas que realizaban la traducción, modificación y discusión de un texto originalmente suyo. Esta cuestión aparentemente verbal demuestra implicar todo el problema de la autoridad y la interpretación. Según ha sostenido Stanley Fish, puede decirse que un texto no ejerce ninguna autoridad sobre quienes lo interpretan, sino que, antes bien, se disuelve en el *continuum* de interpretación al que dio origen en su momento. El historiador no cuestionará esta afirmación como una proposición normativa; los intérpretes pueden legítimamente comportarse de la manera que ésta presupone, y el historiador no se sorprenderá en absoluto al comprobar que se comportan de ese modo en la historia. Pero tampoco lo sorprenderá constatar –en rigor, ya cree saberlo– que las comunidades humanas de la historia atribuyeron en ocasiones una autoridad extraordinaria y hasta divina a ciertos textos, los mantuvieron en formas textuales estables durante siglos e incluso milenios y analizaron los diversos modos como se los puede establecer y discutir, con la condición de aceptar la premisa de que poseen la autoridad que se les adjudica.[23] Cuando esto ha sucedido, hay un texto en la clase del historiador, en el sentido de que éste observa la persistencia de un artefacto literario de cierta autoridad y *durée* y se propone investigar las apariciones históricas que acompañaron esa persistencia. En un sentido contextual evidente, ninguna aplicación o inter-

[22] Giuliano Procacci, *Studi sulla fortuna del Machiavelli*, Roma, 1965; Claude Lefort, *Le Travail de l'œuvre Machiavel*, París, 1972.

[23] Fish sostendrá, por supuesto, que la atribución de autoridad es un acto interpretativo y que el texto nunca puede desenredarse de los actos de quienes se la adjudican. Coincido, pero sostengo que: a) el texto, al persistir a lo largo del tiempo como un artefacto con autoridad, se cuenta entre los determinantes de esos actos; y b) el texto puede ser y en la historia a menudo es discernido como un complejo de anteriores atribuciones de autoridad, una de las cuales posiblemente sea la que el autor reclama para su texto.

pretación de un texto con autoridad es exactamente igual a ninguna otra, porque cada una de ellas es obra de un conjunto específico de actores en (y sobre) un conjunto específico de contingencias o circunstancias; pero esto no persuadirá al historiador de que el texto ha desaparecido. Si es del carácter apropiado, el texto puede sostener la existencia –acaso sea suficiente decir la apariencia– de cierto conjunto de fórmulas o paradigmas, que habrá que aplicar cada vez que se invoque su autoridad. Puede suceder, desde luego, que sea necesario reafirmar los principios cada vez que deban aplicarse, y que toda declaración de principio interactúe con la exposición del caso al cual habrá de aplicarse. Pero el exégeta puede ser lingüísticamente capaz de abstraer el principio y exponerlo en una forma ideal cada vez que lo aplique, y en el caso de ciertos textos se ha aducido, a lo largo de extensos períodos, que sostienen principios que pueden ser, y de hecho han sido, afirmados de ese modo. El historiador advierte que el grado de rigor abstracto que se reclama para los textos con autoridad varía según de cuáles de ellos se trate: la *lex scripta* difiere de la *lex non scripta*, los *Segundos analíticos* del *I Ching* (que parece ser una matriz operacional infinitamente flexible, cuya autoridad se reivindica sin ningún otro argumento que esa misma flexibilidad). A la luz de tales hechos, el historiador no mostrará un interés indebido en disolver el principio en su aplicación o demostrar que la afirmación de que puede abstraerse y reenunciarse reiteradamente es falsa; su tarea no consiste en condenar por falsa conciencia a los actores de su historia, mientras éstos no comiencen a condenarse unos a otros.

El historiador reconoce hoy en ciertas secuencias históricas la persistencia de ciertos paradigmas, institucionalizados en ciertos textos. Reconoce que cada aplicación de un paradigma es única y que ninguno puede separarse por completo de su aplicación; no obstante, parte de la índole de un paradigma, según el uso que el historiador da a esta palabra, consiste en que puede separarse lo suficiente de su aplicación para enunciarse y discutirse en un lenguaje de segundo grado. Si esto puede pasar una vez, puede volver a pasar y uno puede entrar más de una vez en el mismo río de segundo grado. Admitir que esto puede pasar más de una vez es dejar expuesta a la investigación histórica la cuestión de cuántas veces ocurrió en ciertas secuencias históricas, es decir, durante cuánto tiempo mantuvieron estas secuencias cierto tipo de continuidad. Es un hecho cierto, sin duda, que toda la idea central y el sesgo de su método, consistente, como hemos visto, en la multiplicación de los agentes, sus actos y los contextos en que han actuado, lleva al historiador a suponer que cualquier paradigma se asimilará a la contingencia en una *durée* relativamente *moyenne*; pero si esa *moyenne durée* resulta haber sido relativamente *longue*, se sentirá sorprendido pero no refutado. La longevidad de los paradigmas no está predeterminada, y la historia del discurso letrado tuvo una duración más próxima a los dos milenios que a los tres en la mayoría de las culturas en que se lo encuentra.

El texto puede haber tenido un autor, y es posible que las actuaciones deliberadas de éste hayan establecido en él los paradigmas que transmitió a lo largo del tiempo. Supongamos –algo que hemos visto improbable en la mayoría de los casos, pero no imposible en todos– que: a) ha transmitido paradigmas relativamente estables durante un período prolongado; y b) puede demostrarse que éstos fueron continuos o congruentes con –hicieron efectivas– intenciones que es posible considerar las del autor. ¿No puede afirmarse en cierto sentido que las intenciones de éste siguieron ejerciendo su autoridad durante ese período, que siguieron haciéndose efectivas, que el autor "hacía" cosas mucho después de su muerte? Evidentemente, la jerga de la acción póstuma debe ser en parte figurativa, pero la figura tal vez no transmita otra cosa que el hecho de que sus intenciones se llevaban a efecto gracias a la persistencia de

su texto y las acciones de quienes lo mantenían con vida y como autoridad. Podríamos agregar que los propios actos de habla y desempeños textuales del autor cumplieron un papel al inducir a otros a considerarlos como una autoridad y los mantuvieron en una forma paradigmática. La afirmación de que Platón, Confucio, Hegel o Marx actúan (¿nos atreveremos a decir "influyen"?) sobre nosotros adquiriría entonces algo así como un significado verificable; podría investigarse, y el resultado de la investigación no estaría predeterminado.

VI Al ampliar la indagación hacia estas posibilidades, voy a contrapelo, desde luego, de un modo de investigación habitualmente concentrado en la multiplicidad de actuaciones de una multiplicidad de agentes que el discurso, incluida la persistencia de los textos, hace posibles. Para muchos críticos, este método parece alarmantemente desconstructivo de los textos, de la filosofía, de las tradiciones y hasta de los autores. Una vez que un autor ha completado su texto (y el texto ha sobrevivido), puede decirse que lo poseemos no meramente como una matriz para la ejecución de distintos actos de habla, sino como una serie compleja de declaraciones, quizás extendidas a lo largo de varios centenares de páginas impresas, aparentemente producidas por una única mente poderosa dedicada a argumentar en un nivel elevado de abstracción y organización y por lo tanto informadas por la unidad retórica, lógica o metódica que su autor les impuso. Ahora aparecen estudiosos del texto cuya preocupación es descubrir los postulados o principios –no inmediatamente evidentes para el ojo lector, pero necesitados de técnicas de reconstitución– que lo dotan de la unidad que se le atribuye haber poseído o buscado.[24] Si estos estudiosos se interesan en recuperar el acto o la intención del autor al dotar de unidad a su texto o textos, plantean una pregunta histórica para la cual puede encontrarse una respuesta, aunque indagar si el autor tuvo una intención semejante también es una pregunta histórica. Una cosa es ocuparse de Thomas Hobbes, quien afirmó desde el comienzo de sus publicaciones que estaba embarcado en una empresa filosófica específica, y otra ocuparse de Edmund Burke, quien pronunció discursos y escribió panfletos en una diversidad de oportunidades a lo largo de una vida política activa. La afirmación de que las obras del segundo están informadas por una unidad conceptual y filosófica exige un tipo de justificación diferente de la misma afirmación con respecto al primero. No todas las grandes inteligencias que se dedicaron al discurso político se consagraron, directa o indirectamente, a la teorización política sistemática.

Por otro lado, si aparecen estudiosos que están a la búsqueda de un principio de acuerdo con el cual pueda dotarse de unidad al texto, independientemente de que sea posible mostrar que el autor tuvo la intención de proceder de conformidad con él, tal vez hayan dejado de considerar el texto como un problema de reconstrucción de un desempeño y sólo lo vean como un problema de resolución conceptual. Si dicen simplemente que el texto puede comprenderse de esa manera y que no les importa si el autor o cualquier lector anterior lo comprendieron así, nos informan que su empresa filosófica no los obliga a estudiar las acciones de ningún agente histórico; tras lo cual no tienen más que abstenerse –y tal vez no sea fácil– de hablar inadvertidamente como si, después de todo, describieran las acciones de agentes his-

[24] Véase Howard Warrender, "Political theory and historiography: a reply to professor Skinner", *Historical Journal*, XXII, 4, 1979, pp. 931-940.

tóricos y escribieran historia a mansalva. Concurrir a reuniones de la Hume Society significa toparse con muchas afirmaciones hechas del modo precedente, y con tal claridad que el único problema restante es distinguir entre la palabra "Hume" usada para señalar a un actor en la historia y la misma palabra utilizada para señalar a un actor en un argumento filosófico.

El historiador invitado a considerar un texto o un *corpus* de textos, como una masa unificada de argumentos, preguntará mediante qué actos, realizados en qué momentos y qué contextos, fue el texto informado o dotado de la unidad que se reivindica para él; si se entera de que se afirma la existencia de algún postulado de conformidad con el cual puede considerarse al texto poseedor de esa unidad, pedirá información sobre su presencia y su acción en la historia. Tal vez se entere de que estaba presente en la *langue* usada por el autor del texto, o que éste lo afirmaba al articular su *parole*. En cualquiera de los dos casos, el historiador habrá devuelto el postulado al contexto suministrado por el acto de habla, el lenguaje y el discurso, pero constatará que su interlocutor le solicita que considere ese postulado en relación con los diversos actos de habla realizados por el autor durante el período y en los distintos contextos de acción discursiva implicados en la terminación de su texto o textos. Se le pide, en otras palabras, que suponga que el autor realizaba sólo los actos necesarios para completar el texto y dotarlo de la unidad que posee, cualquiera sea; es decir, que actuaba sobre el texto y sobre sus propias percepciones y desempeños al darle vida. En esta etapa, el historiador pedirá pruebas de que el autor preveía la producción de un texto coherente y sabía en qué consistiría su coherencia. Como por su formación el historiador está habituado a pensar el discurso político como plurilingüe y polivalente, querrá tener la seguridad de que el autor tenía tanto la voluntad como los medios de organizar su texto como una única *parole* coherente; y puesto que su formación también lo inclina a considerar que las acciones y percepciones tienen lugar en momentos distintos, querrá saber en qué momentos el autor se vio como organizador de su texto sobre la base del presunto postulado. ¿Lo dictaminó definitorio de sus intenciones en el inicio de su trabajo? ¿Sólo con el desarrollo de su obra llegó a advertir la existencia de un postulado semejante y que él lo producía? ¿Descubrió que había organizado su obra sobre la base de él recién cuando sus textos estuvieron terminados y pudo verlos en retrospectiva?[25] Cualquiera de estas preguntas puede contestarse afirmativamente y pueden plantearse en distintas combinaciones; pero el historiador quiere tener la seguridad no sólo de que pueden responderse, sino también de que son las preguntas correctas a plantear sobre el texto que tiene ante sí.

Supongamos ahora que todas ellas se respondieron de manera satisfactoria: que se ha demostrado que el autor previó y llevó a efecto la producción de un cuerpo de escritura sistemáticamente conforme a los postulados sobre los cuales lo basó *ex profeso*. El último momento en que pudo preverlo y efectuarlo fue el de completar el texto, pero en ese momento y hasta llegar a él sólo se consideró al autor en diálogo con su texto y consigo mismo. Tal vez hayamos considerado sus interacciones con los "lenguajes" en los cuales escribió el texto y con otros textos y autores a quienes respondía al escribirlo; no obstante, inquirir sobre el desempeño de un autor al investir de unidad a su texto es preguntar acerca de su actuación en y sobre su texto y nada más. Lo que "previó", lo que "hacía", se cerró en el momento en que el texto quedó terminado; es como si el texto pudiera considerarse –mucho nos ayudaría que así

[25] Si es así, "lo que hacía (había hecho)" es una cuestión que el historiador mismo considera necesario plantear.

sucediera– un acto puramente solitario, una articulación de la conciencia del autor y nada más, un diálogo consigo mismo y nadie más. Supongamos que así son las cosas: que el texto descansa oculto en un cajón y nadie lo leyó durante cientos de años, hasta que se lo exhuma y publica (tales casos son raros pero no desconocidos). Deberíamos estudiarlo entonces como un soliloquio o un recordatorio: una comunicación con el yo del autor. En esa contingencia, no deja de ser un acto pero, al dejar de ser un acto de comunicación con otro, se convierte más bien en el registro de un estado, la indicación de que en un momento específico el estado del lenguaje permitió la articulación de determinados estados de conciencia. No pasamos simplemente de un lenguaje privado a uno público, porque hay escritos sumamente privados de hombres solitarios en extremo –las obras de Guicciardini muestran algunos ejemplos– expresados en un lenguaje muy público y retórico, y aunque no pueda decirse que los escritos no comunicados cambiaron el lenguaje, no hay razón por la cual no deba pensarse que indicaron que estaba cambiando. La escritura solilocutiva no se aparta de la historia del discurso, pero ocupa en ella un lugar muy especial; en cierto sentido, en efecto, cuanto más cumple el texto la función de expresión o reflexión, más nos permite apartar la mirada de la historia del discurso para dirigirla hacia la del pensamiento. Como el estudio de la literatura política en la historia se fundó en el paradigma de la filosofía más que en el de la retórica, nos hemos acostumbrado a tratar los textos como filosofía: a aislarlos como expresiones de la conciencia de sus autores y a explorar los estados de conciencia que articulaban. Como una gran cantidad de textos son filosóficos y fueron compuestos con ese fin en vista, y puesto que es legítimo y valioso tratar casi todos los textos como si articularan un estado mental en vez de estimar que realizan un acto de comunicación, este método ha sido y sigue siendo puesto en práctica para perfeccionar nuestro entendimiento. La exigencia de que todo texto se considere, de manera exclusiva o primordial, como contribuyente a la acción política, es sencillamente errónea; tal vez sólo parezca que éste sea su propósito.[26]

No obstante, los autores comunican sus articulaciones de la conciencia. La filosofía no sólo ha sido desde sus comienzos tan dialógica como solilocutiva, sino que los filósofos, tras haber terminado textos de tanta complejidad que únicamente podemos leerlos y analizarlos como si fueran autónomos, los llevan al copista o al editor y los dejan librados a un público cuyo tamaño y pertenencia no pueden controlar durante mucho tiempo; y ha habido escritores solitarios en extremo, al parecer exclusivamente interesados en la introspección del yo sobre el yo, que no sólo hicieron imprimir sus meditaciones, sino que lo hicieron con intenciones tanto políticas como filosóficas. Por un Guicciardini podemos encontrar un Montaigne, un La Rochefoucauld, un Rousseau;[27] e incluso el primero tal vez haya pretendido comunicarse con otro Guicciardini. En este punto, nuestro estudio del acto de discurso debe convertirse en un estudio del acto de publicación, que no es del todo idéntico al primero; puesto que, como hemos visto, los escritos no pensados para publicarse pueden expresarse en el lenguaje público e incluso hacer movidas e innovaciones dentro de él. El acto de publicación asegura que esas in-

[26] Véase Richard Ashcraft, "On the problem of methodology and the nature of political theory", *Political Theory*, III, 1, 1975, pp. 5-25, en especial pp. 17-20; analizado en Mark Goldie, "Obligations, utopias, and their historical context", *Historical Journal*, XXVI, 3, 1983, pp. 727-746.

[27] Véase Nannerl O. Keohane, *Philosophy and the State in France*, Princeton, N. J., 1980. La autora caracteriza como "individualismo" el modo introspectivo de pensamiento político que se interesa en la identidad y la conciencia del yo en la sociedad política.

novaciones sean conocidas por otros, pero en un comienzo puede tratar de controlar la identidad de esos otros o limitarlos. El autor que se preocupa por dar una circulación limitada a sus escritos trata de circunscribir su "público"; quien encarga a un impresor que ponga sus obras a la venta en el mercado no lo hace. Ha habido casos de autores cuyas obras están escritas en un lenguaje "doble", que transmite un mensaje exotérico a un público lector abierto y al mismo tiempo un mensaje esotérico a uno cerrado. Podemos examinar incluso el caso de un autor que haya rechazado la publicación de parte de sus obras y preguntarnos qué "pretendía" con este acto de incomunicación o desinformación, como lo hizo últimamente David Wootton con los apuntes secretos e irreligiosos de Paolo Sarpi (pero, ¿cómo llegaron a copiarse?).[28]

Pese a la publicación en circuitos cerrados y la "escritura secreta", el acto de comunicación expone nuestros escritos a lectores que los interpretarán desde puntos de vista que no son el nuestro, y el acto de publicación en el sentido normal de "divulgar" abandona el intento de determinar quiénes serán esos lectores, a la vez que trata de maximizar el número de aquellos sobre quienes nuestros escritos actuarán. Podría decirse, por consiguiente, que la publicación como intento de determinar los pensamientos de la posteridad es necesariamente contraproducente. Desde el momento en que se publica comienzan las desconstrucciones de la historia, y quedamos librados a la búsqueda de esos *continua* de interpretación, traducción y discusión de la interpretación y la traducción que denominamos de manera tan insatisfactoria "tradiciones" (John G. Gunnell acierta al advertirnos que no debemos suponer una "tradición" cada vez que detectamos una secuencia).[29] Aquí toma posesión el historiador que he descripto, con su atención a las selectividades de la lectura y la interpretación y su propensión a descomponer la "historia" de un texto en la ejecución de muchas mutaciones en muchos dialectos y contextos, para los cuales el texto aparece por momentos como poco más que la matriz o el patrón de contención. Pero entre los fenómenos recurrentes de la interpretación ya hemos señalado el hábito de investir de autoridad canónica a textos y grupos de textos, y debemos estar atentos no sólo a la desconstrucción sino también a la reconstitución de textos con autoridad por parte de los lectores, algunos de los cuales les infunden esa coherencia y unidad que los historiadores miran con cierto recelo, pero que en algunos casos –no es del todo inconcebible– pueden haber sido proporcionadas a ellos por los mismos autores. Dominick La Capra convocó a hacer una historia de la forma en que los textos considerados como unidades actúan en la historia,[30] y estamos dispuestos a verlos como comunidades interpretativas y, a la vez, como vehículos de autoridad. Son tantas las cosas que pueden englobarse en el encabezado de "tradición" que deberíamos ser muy cautelosos al usar esta palabra.

[28] David Wootton, *Paolo Sarpi: Between Renaissance and Enlightenment*, Cambridge, 1983. Entre otras cosas, Wootton invoca (p. 4) una "historia del engaño intelectual", no diferente de la "escritura secreta" que Leo Strauss hizo famosa. Si bien esos fenómenos no tienen precisamente una historia, con frecuencia se producen en situaciones históricas. Como Goldberg (véase la nota 20 de esta "Introducción"), Wootton está más interesado en las posibilidades manipuladoras que en las posibilidades discursivas del lenguaje; pero no se puede manipular a todo el público todo el tiempo.

[29] Gunnell, *Political Theory*…, cit., pp. 85-90 y en general; véase también el intercambio de artículos entre Gunnell y quien esto escribe, "Political theory, methodology and myth", *Annals of Scholarship*, I, 4, 1981, pp. 3-62.

[30] Dominick La Capra, "Rethinking intellectual history and reading texts", *History and Theory*, XIX, 3, 1980, pp. 245-276 [traducción castellana: "Repensar la historia intelectual y leer textos", en E. Palti (comp.), *Giro lingüístico*…, cit., pp. 237-293]. Reeditado en ídem, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca, N.Y., 1983.

Ya hemos separado y ulteriormente recombinado el texto como ejecutor de una articulación de la conciencia del autor y el texto como realizador de un acto de comunicación en un *continuum* de discurso que implica a otros actores. El historiador debe estudiar estos *continua* (a veces llamados erróneamente "tradiciones") si quiere entender las acciones y respuestas, las innovaciones y sucesos, los cambios y procesos que constituyen la historia del discurso, aunque esto no significa decir que el texto como artefacto aislado no le suministrará valiosa información sobre lo que ocurría en la historia de los lenguajes en los que fue escrito. Gran parte de su atención, en consecuencia, se concentrará en textos sometidos a la interpretación y la deconstrucción a medida que la historia del discurso los absorbe; sin embargo, esto no implica que el historiador niegue que en ciertos momentos de la historia el texto puede haber actuado con esa unidad que se reivindica para él como arte o filosofía. Cuando un historiador tropieza con un "gran" texto –como le sucede una o dos veces a quien esto escribe en los ensayos que siguen–, sabe que el adjetivo indica, primero, que los actores de la historia que está estudiando le asignaron una elevada autoridad o un estatus antagónico; segundo, que los críticos, teóricos, filósofos y (aquí empieza a dudar) historiadores de la comunidad de académicos a la que pertenece lo reconocieron como poseedor de una coherencia y un interés excepcionales. Sabe además que su tarea consistirá en moverse entre la exploración de su estructura como un artificio sincrónicamente existente y la exploración de su aparición y actuación como un incidente en un *continuum* de discurso de proceder diacrónico. El hecho de que estos dos modos de realidad sean rara vez idénticos constituye lo que podría denominarse *das Second Treatiseproblem*.

VII

Los *continua* de discurso, que exhiben un cúmulo de discontinuidades abruptas, ocupan el centro de la atención del historiador y le parecen historias de lenguaje producidas en contextos proporcionados por la historia de la experiencia. Hay una demanda constante y justificada de que ambas historias se conecten: que el lenguaje usado por los actores en una sociedad produzca información con respecto a lo que esa sociedad experimentaba, y –puesto que hemos llegado a acordar a la experiencia social algo que se parece a la prioridad absoluta– que el lenguaje se presente en la mayor medida posible como efecto de esa experiencia. En este punto se considera que el historiador concede cierto grado de autonomía al lenguaje, lo cual perturba a quienes no pueden diferenciar entre autonomía y abstracción. Debido a que advierte que los lenguajes se forman a lo largo del tiempo, en respuesta a muchas presiones externas e internas, no supone que el lenguaje del momento simplemente denota, refleja o es un efecto de la experiencia del momento. Antes bien, ese lenguaje interactúa con la experiencia; proporciona las categorías, la gramática y la mentalidad a través de las cuales la experiencia debe reconocerse y articularse. Al estudiarlo, el historiador se entera de cómo pudieron conocer la experiencia los habitantes de una sociedad, qué experiencias fueron capaces de conocer y qué respuestas a ella fueron capaces de articular y a continuación efectuar. Como historiador del discurso, su tarea es estudiar qué pasó en éste (incluida la teoría) en el proceso de la experiencia, y de este modo, que es uno entre otros, aprende mucho sobre la experiencia de aquellos a quienes estudia.

El historiador, por supuesto, es muy consciente de que las cosas suceden a los seres humanos antes de verbalizarse, aunque no antes de que éstos posean los medios de verbalizarlas, y que puede verse cambiar el lenguaje a causa de presiones que se originan fuera de él.

Pero este proceso lleva su tiempo, y es tarea del historiador estudiar los procesos gracias a los cuales los seres humanos adquieren nuevos medios de verbalización y nuevas maneras de usar los que ya poseen. Lo hacen trabándose unos con otros en el discurso, llevado adelante por medio de lenguajes cargados de paradigmas, convenciones, usos y lenguajes de segundo grado para discutir los usos. Esto es suficiente para afirmar que el proceso de responder a la nueva experiencia lleva su tiempo y debe descomponerse en muchos procesos que se producen de diferentes modos y a diferentes velocidades. La vieja imagen en la que se expresaba que el lenguaje (o la conciencia) "refleja" la sociedad suscita en el historiador la impresión de prestar insuficiente atención al tiempo. El lenguaje es introspectivo y habla ampliamente de sí mismo; la respuesta a la nueva experiencia adopta la forma del descubrimiento y la discusión de nuevas dificultades en el lenguaje. En vez de suponer un único espejo que refleja los sucesos de un mundo exterior en el momento en que se producen, sería mejor suponer un sistema de espejos que miran hacia dentro y hacia fuera en diferentes ángulos, de manera que, en gran medida, reflejan los hechos del mundo representado a través de las diversas maneras en que se reflejan recíprocamente. Por consiguiente, la discusión entre los observadores de los espejos tiene que ver con la forma en que éstos se reflejan entre sí, aun antes de concentrarse en la posibilidad de que haya algo nuevo en el campo de visión. Sería mejor aún suponer que los espejos están ordenados tanto diacrónica como sincrónicamente, de modo que mientras algunos de ellos comparten el mismo momento, otros están situados en el pasado y en el futuro. Esto nos permitiría reconocer que la percepción de lo nuevo se lleva a cabo en el tiempo y en la forma de un debate sobre el tiempo; el animal histórico se ocupa de la experiencia discutiendo las antiguas maneras de percibirla, como un necesario preliminar para la construcción de nuevas, que luego sirven como medios de percibir tanto la nueva experiencia como los viejos modos de percepción.

El historiador, por lo tanto, espera que la relación entre el lenguaje y la experiencia sea diacrónica, ambivalente y problemática. La tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre *langue* y *parole*, bastaría para asegurarlo, si no fuera por el hecho adicional de que existen juegos del lenguaje que deben jugar jugadores no idénticos, de modo que aun los actores que usan las mismas palabras tienen que detenerse y averiguar qué quieren decir con ellas. Esto parece explicar la aparición de lenguajes de segundo grado (aunque deben cumplirse otras condiciones, como el alfabetismo, antes de que éstos sean socialmente posibles) y asegurar que, en las historias con las que el historiador se familiariza, la relación normal del lenguaje con la experiencia será ambivalente, en el sentido de que las palabras denotan y se sabe que denotan cosas diferentes al mismo tiempo, y problemática, en el sentido de que el debate sobre cómo pueden usarse para denotarlas es continuo. Normalmente, se constatará que una sociedad lo bastante sofisticada para tener lenguajes de segundo grado responde a la nueva experiencia con la realización de debates sobre los problemas que surgen en su discurso. El historiador del discurso tendrá, por ende, que trabajar hacia fuera a partir de las capacidades para el discurso de que disfrutan sus actores, hacia lo que ve (y ellos llegaron a ver) como nuevos elementos en la experiencia de éstos, y las sugerencias de su lenguaje pueden cruzarse (o no cruzarse nunca) con las del lenguaje que él emplea para escribir la historia de su experiencia. Traducir las percepciones de Gerrard Winstanley a las de Christopher Hill es una empresa muy problemática, valerosamente enfrentada.

Esto revela la singular importancia de ese paralenguaje antes mencionado, del que el historiador se vale para explicar las implicaciones del lenguaje cuya historia, compuesta de las

actuaciones llevadas a cabo en él, procura escribir. Ahora vemos que emplea ese paralenguaje de dos maneras coincidentes pero discernibles. En primer lugar, lo utiliza para construir hipótesis; esto es, afirma que el lenguaje acarreaba ciertas implicaciones que ampliaban y definían a la vez las maneras en que podía usarse. Articula esas implicaciones a fin de mostrar cuáles eran las posibilidades normales del lenguaje, de modo que, si tropezamos con las anomalías e innovaciones que acompañan el cambio paradigmático, podremos reconocerlas, reiterarlas y comenzar a ver cómo llegaron a efectuarse. Esto proporciona al historiador una matriz necesaria para ocuparse de los momentos en que ve realizarse los enunciados y respuestas, movidas y contramovidas, innovaciones y contrainnovaciones en que consiste, según se ha sostenido, una historia de las *paroles* proferidas en y sobre las *langues*. Las proposiciones en las cuales puede resolverse la matriz son hipótesis, en el sentido de que expresan lo que el historiador supone como sucedido, y podemos compararlas con el lenguaje preservado de los textos a fin de ver si creemos que eso fue lo que efectivamente sucedió. A corto plazo, el modelo provisto por el paralenguaje es muy manejable.

El largo plazo, sin embargo, surge cuando el historiador desea escribir diacrónicamente y en la forma de la narrativa: es decir, cuando desea escribir una historia del discurso en la forma del patrón cambiante de algún lenguaje o constelación de lenguajes y sus usos y potencialidades a lo largo de un período prolongado. No puede detenerse a someter a prueba sus hipótesis cada vez que un actor de su narración hace una movida; hecha abstracción de la economía, tal vez quiera proponer descripciones de los cambios en el uso del lenguaje tan comprimidas en su significado, y no obstante tan extendidas en el tiempo, que no pueden adjudicarse a las movidas realizadas por actores identificables en momentos específicos. Se verá en la necesidad de escribir en términos que sugieran un diálogo constante entre las implicaciones de los lenguajes explicitados en su paralenguaje, y en esa medida su historia será ideal y se escribirá como si hubiese ocurrido en el mundo delineado por el paralenguaje.

Se encontrarán ejemplos en los ensayos que siguen. "Virtues, rights, and manners: a model for historians of political thought" ["Virtudes, derechos y modales: un modelo para historiadores del pensamiento político"] supone un diálogo entre los conceptos de "virtud" y "derecho" y entre sus postulados implícitos, proseguido durante varios siglos en el contexto de un discurso político europeo al que se atribuye una amplia difusión en el espacio y un carácter relativamente estable a lo largo del tiempo. La índole ideal de esta narrativa, sin embargo, está circunscripta en la segunda parte de su título, en la que se afirma con claridad que se trata de un modelo, es decir, un conjunto de hipótesis generalizadas que forman una matriz en la cual, se sugiere, pueden situarse los desempeños de actores específicos en la historia del discurso, a fin de ver hasta qué punto el modelo logra explicar sus acciones. El modelo también se acercará más a ser una descripción de la realidad cuando se acepte que hubo un modo de discurso común a Europa occidental, en el cual los términos clave y sus implicaciones se reiteraban y discutían; es decir que propone hipótesis concernientes al ser de un *continuum*, así como a las actuaciones de los actores. El capítulo 5, "Modes of political and historical time in early eighteenth-century England" ["Modos de tiempo político e histórico en la Inglaterra de principios del siglo XVIII"], emplea un procedimiento modelo de un tipo bastante diferente; supone que la situación intelectual de los actores en el tiempo prescripto puede caracterizarse en ciertos términos y como surgido de ciertas condiciones, y que las actuaciones de aquéllos pueden interpretarse como respuestas a esa situación, para las cuales se considera que había ciertas estrategias disponibles. El mismo procedimiento se siguió en los ca-

pítulos iniciales de *The Machiavellian Moment*, de este autor,[31] en los que se establecía una situación modelo y se decía que ciertas historias o *continua* de discurso empíricamente rastreables emergían de ella. No se trataba, por supuesto, de otra cosa que de esa estrategia común en la explicación histórica, por la cual se selecciona una situación y se dice que el comportamiento de los actores es inteligible en ella. Todas estas estrategias exponen las hipótesis al tipo de crítica imaginado como apropiado para ellas.

Un caso más difícil de defender es el de "The varieties of Whiggism from exclusion to reform: a history of ideology and discourse" ["Las variedades del whiguismo, de la exclusión a la reforma: una historia de la ideología y el discurso"], que constituye la tercera parte de este libro. En ella, el intento no consiste en caracterizar una única situación modelo o problemática –al margen de la división entre las ideologías *"whig"* antagónicas luego de 1689– y afirmar que lo que sigue resulta inteligible a la luz de ella. Se trata, antes bien, de caracterizar la mayor cantidad posible –o, dentro de los parámetros del ensayo, la cantidad más conveniente– de las distintas jergas en que se expresó el pensamiento político británico en el siguiente siglo y medio, describir la historia del discurso en términos de las posibilidades insinuadas por cada jerga y utilizar la conversación resultante como un comentario sobre –pero también por– la cultura política en la que se efectuaba. Hay una delimitación: selecciono estas jergas y no otras como aquellas en las que prosiguió el discurso; pero el "modelo" es tan múltiple que tal vez no merezca ese nombre, y es inevitable que el lector sienta que la conversación presentada no se entabla entre actores individuales y ni siquiera grupales, sino entre modos ideales y objetivados de habla. Aquí pueden hacerse dos observaciones. En primer lugar, sostendré que la matriz explicativa e hipotética no desaparece; se afirma aún que el desempeño de actores específicos se ajustará a los patrones de discurso expuestos aquí, de modo que cuando diverjan los entenderemos mejor. En segundo lugar, reiteraré que cuanto más diacrónica es la historia, más rápidamente se mueve a través del tiempo y la sucesión de actuaciones y más necesario nos parece compendiarla y, de esta manera, intensificarla. Las figuras[32] de la metahistoria resultan más difíciles de evitar y la narrativa se vuelve más ideal precisamente porque es más tentativa. Una historia del discurso político *whig* en diez volúmenes daría cabida a muchas actuaciones individuales y sometería a prueba las hipótesis presentadas aquí tan exhaustivamente como le diera la gana. Sería también igualmente placentera de escribir. La relación de la reconstrucción con la desconstrucción no es la de la sinfonía con el duende.[33]

VIII

Concluyo aquí con algunas observaciones sobre la "situación de la cuestión" que es la historia británica. En *The Machiavellian Moment* hice hincapié en la fortaleza de la reacción de los viejos *whigs* y *tories*, la Mancomunidad y el país contra el régimen financiero (por extensión "comercial"), oligárquico e imperial surgido después de 1688 y 1714, y sostuve que el argumento con respecto a este régimen y la sociedad que lo acompañó tenía

[31] J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, N. J., 1975.
[32] Véase Hayden White, *The Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, 1978.
[33] Me refiero, desde luego, al duende al que se escucha caminar sobre el universo y vaciarlo de significado, durante la interpretación de la sinfonía en *La mansión* [*Howard's End*], de E. M. Forster.

que basarse en nuevas modalidades de discusión, trabajosamente elaboradas frente a paradigmas rivales. Algunos lectores objetaron que, no obstante, ese argumento se planteó, aunque cuesta entender por qué puede ser ésa una objeción; uno sospecha que su verdadera queja es que *The Machiavellian Moment* presenta como contingente el ascenso de una ideología comercial, mientras que ellos quieren que haya sido primordial: una historia francamente exitosa, el acompañamiento natural y no adulterado del desarrollo de la sociedad comercial. En el capítulo 3 afirmo haber escrito una relación más dialéctica y menos *whig* que ésa. De todos modos, los ensayos que siguen se consagran principalmente a autores del siglo XVIII que expusieron los valores del comercio *whig* y la aristocracia *whig*, y la acelerada modernización tanto de la sociedad como de la interpretación social que el régimen oligárquico presenció y efectuó. Se dedican a explorar y en algunos aspectos a disipar la paradoja de que oligarquía y modernidad estuvieran relacionadas y no fueran antitéticas.

Al ser un estudio del whiguismo histórico, el libro es en ciertos aspectos una historia *whig*. Acepta que la administración *whig* es un hecho crucial de la historia británica moderna; el régimen consolidó (a alto costo) la forma parlamentaria de gobierno y estableció la relación imperial y exterior con Europa cuya pérdida aún ofusca a Gran Bretaña. No manifiesta nostalgia por el orden *whig*, que fue descripto en tonos profundamente irónicos por la mayoría de sus partidarios, pero lo toma con seriedad: una seriedad no suficiente para los marxistas liberales, pero sí excesiva para los marxistas *tories*. La mentalidad *tory* del siglo XVIII era una extraña mezcla de ideas jacobitas y republicanas, y gran parte de esa ambivalencia sobrevive en la historiografía anti*whig* de nuestros días. Estos ensayos coinciden con los intérpretes más recientes en sostener que el período oligárquico estaba envuelto en un debate tumultuoso e ingobernable sobre sí mismo; la "profunda paz de los tiempos augustales" es un sueño desvanecido de los historiadores, y estudiamos la época en que los escritores ingleses y escoceses se trabaron por primera vez en una discusión plenamente secular sobre su sociedad y sus destinos, punto a partir del cual puede empezar a escribirse la historia intelectual británica. No obstante, presentar un régimen oligárquico como una forma de gobierno de discusión y autocrítica es en algunos aspectos paradójico, y el historiador del discurso siempre se ve ante la acusación de maximizar la importancia de su tema. Quienes lanzan esta acusación, sin embargo, rara vez se preguntan qué significa la presencia del discurso.

Los historiadores que destacan, con mucha justicia, hasta qué punto el régimen *whig* era una dictadura de sus grupos y clases dirigentes, sienten la tentación de ver a los gobernados como reprimidos y silenciosos; privados de los medios de articular una conciencia radical, deben aceptar el discurso de sus gobernantes o formular modos de oposición simbólica y semiótica al margen de él (de allí el debate sobre la extensión del delito como modalidad de protesta social).[34] Pero esta oligarquía era notoriamente incompetente para ejercer un control meditado; los copetudos y las turbas a veces vociferaban y a veces disparaban unos contra otros, y no tenemos que considerar la cultura elitista y la cultura popular como incapaces de intercambios. Es cierto que los grandes radicales antinómicos del interregno parecen haber sido poco conocidos en el siglo XVIII –aunque esto bien podría ser objeto de nuevas investiga-

[34] Véanse Douglas Hay, Peter Linebaugh, John G. Rule, E. P. Thompson y Cal Winslow, *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Londres, 1975; John Brewer y John Styles (comps.), *An Ungovernable People: The English and their Law in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, New Brunswick, N. J., 1980.

ciones–, pero algunos grupos muy improbables de oposición mantenían con vida lo suficiente de la buena y vieja causa para hacer que la dimensión del aporte *tory* al radicalismo político ulterior sea una cuestión muy real. Cuando la élite debate su tamaño, composición y relación con el populacho, éste bien puede estar escuchando, y la oligarquía *whig* no era una clase dirigente, sino una oligarquía dentro de las clases dirigentes, que generaban ese debate.

La última observación también es pertinente para los historiadores de la derecha –muy a la derecha de Edmund Burke– que desconfían de la atribución de cualquier papel al debate acerca de los principios. La historiografía posterior a Namier corre el riesgo de afianzarse en la creencia de que no hay realidad excepto la de la alta política, y que la práctica de esta última siempre logra reducir el discurso a la insignificancia: una creencia, no muy distante de una religión, actualmente expuesta en lo que se ha convertido en el hábito de Peterhouse,* inflexible, irrefutable y arcano. Pero si la política aristocrática en Inglaterra hubiese sido una dominación tan austera e insolente como para hacer que su práctica fuera realmente impermeable al discurso, en verdad habría habido una revolución contra ella. Es indudable que podemos examinar la práctica de la alta política con tal minuciosidad que no veamos la articulación de las cuestiones que cumplen algún papel en ella. Aunque este tipo de política se practicaba en la Gran Bretaña *whig*, había un debate constante e intenso sobre por qué sucedía, cuáles eran sus precondiciones y efectos sociales y si acaso era necesario ser gobernados de ese modo; y en este debate, el régimen aristocrático era tan animadamente defendido, y por mentes y argumentos vigorosos, como criticado. Había un discurso al igual que una práctica, y tarde o temprano el primero debía proporcionar a la segunda uno de sus contextos, razón por la cual los teóricos del siglo XVIII debatieron constantemente el papel de la opinión en el gobierno.[35]

Como la Gran Bretaña *whig* era una constitución política sumamente discursiva, una oligarquía en la cual la naturaleza de ésta se debatía en un espacio público más amplio que la propia oligarquía, puede haber una historia del discurso *whig*. En otro sentido, además, la historia del discurso es por su naturaleza lo que conocemos como "historia *whig*": una historia de enunciados y respuestas de agentes relativamente autónomos. La historia del discurso no es una historia modernista de la conciencia organizada en torno de polos como la represión y la liberación, la soledad y la comunidad, la falsa conciencia y el ser de la especie. Observa un mundo en el cual el orador puede dar forma a su propio discurso y el enunciado no puede determinar por completo la respuesta. El mundo del historiador está poblado de agentes responsables aun cuando sean venales o paranoicos, y aquél se distancia de ellos como sus iguales, distinguiendo el relato de sus acciones de su propio desempeño. Escribir historia de este modo es ideológicamente liberal y el historiador bien puede admitirlo; presupone una sociedad en la cual uno puede enunciar y otro enunciar una réplica, hecha desde un punto de vista que no es el del primero. Ha habido y hay sociedades en las que esta condición se cumple en grados variables, y ésas son las sociedades en las cuales el discurso tiene una historia. □

* Nombre del primero de los colegios de la Universidad de Cambridge, fundado en 1284. (N. del T.)

[35] Véase J. A. W. Gunn, "Public spirit to public opinion", en *Beyond Liberty and Property: The Process of Self-Recognition in Eighteenth-Century Political Thought*, Kingston y Montreal, 1983.